



PQ7297

F37

Q8

V.2



1020099371

1036

F

T 1 82

BIBLIOTHECA CENTRAL
M.A.N.L.

5

Handwritten text in blue ink, possibly a signature or name, oriented vertically on the left page. The text is partially obscured by the paper's texture and some staining.





*Pero no fue el tan pronto en intentar su llor
neza, cuanto yo en plantarle una buena
bofetada.*

LA QUIJOTITA

Y

SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA
CON APARIENCIAS DE NOVELA.

ESCRITA

POR EL PENSADOR MEXICANO

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

14642



MEXICO: 1831.

Imprenta de Altamirano, á cargo de Daniel
Barquera, calle de las Escalerillas núm. 11.

Se espnde en el despacho de ésta oficina.

PQ 7297

F37

Q8

v. 2

LA BIBLIOTECA

SU PRIMERA

HISTORIA MUY CORTA

AVISO.

En esta imprenta Calle de las Escaleri-
llas núm. 11. se imprimen Convites, Awi-
sos, Tarjetas y toda clase de impresiones
sueltas, con la mayor prontitud y co-
modidad como verá la persona que se
digne ocuparla.

TOMO II

MEXICO: 1831

Imprenta de Alvarado, a cargo de Juan
Alvarado, calle de las Escalerillas núm. 11.
Se responde en el despacho de esta oficina.



CAPITULO I.

En el que se refiere la disputa que tra-
bó el coronel con el licenciado Narizes, y
la defensa que hizo de las mugeres.

CUANDO nuestro coronel entró con su
familia, ya estaban en disposicion de ha-
cer lo mismo todos los de la casa de d.
Dionicio, quienes luego que lo vieron, lo
saludaron cortesmente y nos sentamos to-
dos á comer.

Entre las visitas que habia, estaba
un señor joven y de narizes abultadas,
á quien conoceremos con el nombre del
licenciado Narizes, pues así le puso do-
ña Eufrosina, que era diestrisima en es-
to de poner nombres.

Luego que ella tubo lugar de ha-
blar, dijo al coronel: ¡hay hermano! gra-
cias á Dios que ha venido V. para que
vuelva por nosotras; porque éste maldito
Narignotas nos ha puesto como un suelo,



y como no podemos responder á sus argumentos y latines, con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo confiada en V. le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues que ha sucedido, hermana, que tan empeñada está V. en que la defiendan? — ¿Como que? decia Eufrosina: le parece á V. poco que nos haya puesto de vuelta y media? pues hoiga V.: dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, incostantes, vengativas, tontas, presumidas, y que se yo que mas. Vaya si quita de las piedras para poner en nosotros; y ésto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le decimos que eso lo dirá por chanza, y el nos jura que lo dice con todo su corazón, y sin que le quede nada dentro. Ya verá V. que esto no puede sufrirse; y así le suplico yo y todas éstas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y

haga que se confunda éste maldito deslenguado.

Si, si, señor: por vida de V., decian casi á un tiempo todas las señoritas que allí estaban: es menester que V. nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve V. hermano que no se debe V. escusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina; ya que no por mí, si quiera por todas éstas señoritas, que se lo ruegan. Responda V. si, responda y confunda á éste buen señor, que nos ha colmado de favores. No lo ve V. que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa, y ya no puede con la risa el condenado.

Pues no me he de reir, mi señora doña Eseptofina ó doña Eufrosina, ó como se llama dijo, riendo á carcajada suelta el licenciado: no me he de reir repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel en que las defienda, cuando si no están confesas, están

4
convictas de los cargos de que se hayan
acusadas, no solo por mi boca, sino á to-
do *órbe terrarum*.

Cuando el señor coronel, por no fal-
tar, á las leyes caballerescas, admita el
improbo cargo de defender á ustedes lo
hará por tratar de divertirse; pero sabien-
do muy bien que sus clientes llevan el pley-
to perdido en el mismo tribunal de Pilatos.

Asi solemos los abogados defender
algunos reos, cuyos delitos son tan claros
que no los defendiera el mismo Ciceron;
y sin embargo, rebolvemos, interpreta-
mos leyes, acomodamos testos, buscamos
escepciones, y peroramos en estrados
únicamente por consuelo de las partes; no
porque en derecho tengan defensa algu-
na; así como el médico que le manda al mo-
ribundo agua de la palata, por consuelo
de sus dolientes pero el sabe de cier-
to que no tiene remedio.

Tal vez el señor coronel se en-
cargará de defender á ustedes de ese

5
modo; mas tambien saldrá diciendo des-
pues de la sentencia: yo defendi á las
mugeres. Lo mismo nos sucede á noso-
tros; hablamos mas que diez cotorras por
un reo de éstos de remate. Los jueces
nos oyen con bastante paciencia; pero
no nos hacen caso. Atienden á la justicia,
y segun ella condenan á muerte á nues-
tro cliente, y el dia que lo llevan á la
horca, se dice por la calle: el licenciado
fulano defendió á este hombre.

¿Que les parece á ustedes? lo mis-
mo decia aquel médico que iba de due-
lo tras el cadaver, que él habia des-
pachado: *yo curé á este*. ¿No son gra-
ciosas semejantes curaciones y defensas?
Pues así ha de ser la del señor coro-
nel, respecto de ustedes. Vaya: no hay
que engañarse. Ustedes están convictas
y no hay ley que las defienda. Han
caydo de remate, y cualquier buen mé-
dico las ha de desauciar al punto que
conozca su enfermedad mortal.

¿Ya V. lo oye, hermano, decía Eufrosina: ya vé V. quien es el señor, y cuanto dá por medio, pues considere V. que hará con nosotras. Vaya: defiéndanos V.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel: yo apreciara tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honrra demasiado su elección, prefiriendome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que V. debe tratarme, y de la sencillez, con que estas niñas siguen la opinion de V.; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni menos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante: si ustedes ponen su pleyto en mis manos, yo haré quanto pueda en su obsequio, En esta virtud repita V. lo que dijo el señor licenciado contra ustedes para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á V. contestó Eufrosina: que dice que somos tontas, locas supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso, así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, esceptuando las que lo merecen, son todo quanto ha dicho el señor licenciado y un poquito mas, que yo me sé.

Viva, viva, dijo á éste tiempo el licenciado dando de palmadas en la mesa, viva el defensor de las mugeres. Es menester brindar por su salud. En efecto, se hechó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfaccion, la que aumentó la risa general de d. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuanta seria la indignacion de las señoritas, principalmente de Eufrosina al verse tan mal defen-

didas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Que tal sería éste, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al ver á su hermana y á las demas señoras tan avergonzadas por su marido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, que pesado éres aunque fuera ya

El coronel no le hizo aprecio: siguió tomando la sopa, y doña Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: amigas ¿que diran ustedes? ¿no les sobra razon para hecharme á pasear, por la especial eleccion que he tenido? ¿Que tal? no es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya digan la verdad. Si, no hay remedio: la peor cuña es la del propio palo. Otro dia, hermanito, por amor de Dios, por nues-

tra señora de Guadalupe y por vida de Pudencianita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mi, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos, y demonios, y mas que uos arten á injurias, pues, segun lo que yo acabo de ver, menos daño nos hará nuestro mayor enemigo, cou sus agravios que V. con sus defensas.

Lo ridiculo de ésta suplica, y el tono tan colérico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y ésta risa acabó de rematar á Eufrosina, quien estubo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho, si el coronel, conociendo la terrible bola que tenia no la hubiera sosegado, diciendole con mucha cachaza: ni el señor licenciado tiene por qué llevarse de satisfaccion, ni V. ni las señoritas, que estan presentes, tienen motivo por que quejarse de mi, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Como no? dijo el licenciado: pues á mi me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante y verdadera. —Pues no señor: se ha equivocado V. voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciéndolo al licenciado: supongo en que V. esta de acuerdo en que las señoras mugeres son inferiores á los hombres solamente en quanto á su constitucion física, que las hace mas débiles que nosotros; pero en quanto á sus espíritus, no tendrá V. embarazo para confesar que son iguales.

En ésta inteligencia. . . pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es

una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y ésta disposicion puede hacernos propender á ésta ó aquella pasion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon, y el favor de la gracia auxiliante, que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino por que no estan acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon, y de no saber esto, muchas veces ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quien la tiene? dijo el licenciado: los hombres, respondió prontamente el coronel: si, señor, no se escanda-

lice V. : los hombres, que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervertien, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar ésto con evidencia, es menester sentar éste principio: que el hombre recibe solo una educacion que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos: la de sus padres, y la de su marido, y ésta ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme las maximas que le inspiraron sus padres, la muger mil veces se vé obligada á olvidarse de éstas maximas . . . He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mugeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos

que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices y jamás son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su sexo; pero que pocas veces se ven estas conuinaciones!

Frecuete mente se verifica el refrén que dice; que estados mudan costumbres, Apenas varia el estado una muger, cuando varian su educacion y sus modales. La joven que tubo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa, casandose con un hombre vicioso y libertino, La que tuvo padres indolentes, ó tal vez estraviados, lejos de reformarse ál lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va ha servirle de martirio, y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres

y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficción de una acalorada fantasía; es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordovan la lastiman: se cansa de andar á pié: se averguenza de ver la comedia en la casuela: necesita de mas criadas que la sirvan: no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demás en lujo, y finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa, sino á la iglesia, que freceuntaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que

era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas, y entra en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, alta-nera, indevota, descuidada, corriente, marcial y que sé yo.

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero ecsaminese quien ha sido el origen, quien ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud, que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia, ó la nimia condescendencia ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester, las mas veces, que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones, quando estos carecen de la fir-

meza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su seso como son, las de tocar, baylar, cantar, representar &c.

Entonces, sin cesar se ven rodeadas de un eujambre de tñantes de los cuales cada uno aspira á la conquista no de su corazon, sino de su persona, y para lograrla no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor, y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, suplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y brabatas son los obuces y culebrinas con que los soldados de Venus asestan decididamente aun á las mas inespugnables fortalezas.

Todos confesamos que la muger es débil, tímida y sencible, y por lo mismo

está muy espuesta ha ser sorprendida por la artificiosa seduccion; pero no nos acordamos de ésto cuando escageramos sus defectos, ni queremos cantar la palinodia, confesando de buena fé que somos sus seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad es un procedimiento muy injusto.

En faltando á la muger una buena educacion moral desde el principio, un juicio bien formado, y algun conocimiento del mundo aunque sea de oidas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus máximas, de seguir sus ejemplos, y de rendirse á sus artificiosos ardides,

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los estravios de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaria de confundir las escepciones con las reglas; pero por desgracia, no hay reyno, provincia, ciudad, aldea, y quien sabe si calle,

donde no haya algunas ó muchas de éstas adoloridas desgraciadas, que testifiquen mi verdad.

Dicese que las mugeres son vanas, necias y soberbias. ¿No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicandolas á fruslerias? Dicese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿que han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan la rodilla, les rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamandolas *divinas*, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dicese que son falsas, incostantes y mentirosas; pero ¿como no lo seran, cuando no tratan sino con falsos, variables y embusteros? Dicese que son ingratas; y ¿como no lo serán con el que abusa de sus ternezas, y olvida sus mas costosos sacrificios? Dicese que son interesables; pero ¿como no

lo seran, cuando el interes es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dicese que son locas; pero ¿como no lo serán, cuando jamás han tratado con cuerdos? Dicese... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve V. señor licenciado, que yo confieso que el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy lejos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mugeres son peores que los hombres, y estremadamente viciosas, *solo por que son mugeres*, desentendiendose los que así las insultan, de los principios que dejó establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mugeres, y que estas

nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad, pero en esta misma verdad se halla envuelta otra, de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo, y es, que si las mugeres son malas no puede ser por otra causa, sino por que los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad ó se las consenten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculéz el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducirle leña á un horno y luego incomodarse por que ardiere? En nua palabra, señores, los hombres, por la mayor parte somos muy linceos para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar, y corregir los nuestros. Convegámonos de buena fé en que todos, así hombres como mugeres, tenemos vi-

cios y virtudes, y que así unos como otros, hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entonces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, verémos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeritos que asistian á la mesa, fuérase por que se penetraron de las razones que habian oido, ó por adular á las señoras, que sería lo mas cierto; Inego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *vivan, vivan las señoras mugeres y su juicioso defensor*. A seghida brindaron por última vez á salud del bello secso, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el licenciado Narizes: señor coronel: justamente merece Vn estos aplausos, pues ha toma-

do con demasiado calor la defensa de las madamas, y la ha desempeñado con ayre. Vamos, si todas las interesadas hubieran escuchado á V. le tributarian mil elogios, y aun deberían erigir un monumento de gratitud á su memoria.

No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si asi fuere, yo me subscribiré gustoso á otra opinion mejor, pero mientras no se me haga ver, estaré por la que llevo escpuesta que le parece á V. señor cura?

Asistia á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces muy timorato, y de un génio cortés afable y jovial.

A éste fué á quien el coronel divi-

gió la palabra, y el dicho eclesiástico la contestó en estos términos,

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de V. me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas, que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afeetan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres sin son ni ton y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien atabiada, ó como dicen *bien puesta*, cuando la pretende, pero así que la posee como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entonces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para que hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus

defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se cansan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entonces, quiero decir, cuando la pretension no la dirigió un fin honesto; sino un capricho ó un apetito puramente animal, entonces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger, se le notan defectos, en que antes no se habia reparado, pero ¿que mucho si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida hipocondria: su economia, mezquidad: su prudencia, sonzera: su cariño, falcedad: su fidelidad, falta de mérito: su alegría, locura: sus atenciones, liviandades: su devocion, hipocrecia: sus generosidades, desperdicios: y en una palabra, en tan deplorable situacion cuanto hacen por agradar enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é

imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en ceducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre ésto escribió con tanto acierto nuestra paisana sor Juana de la Cruz, monja del convento de san Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho V. señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demás; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero) y enton-

ces llaman liviandades y coqueterias, lo que antes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres entre los hombres nécios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun antes de llegar á la pubertad, debería estar impuesta de éstas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquiera estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña debería crecer en la firme creencia de estos euatro principios.

1. Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia; sino es la posesion de Dios; por la gracia.

2. Que los hombres cuando mas firmes y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mugeres, entonces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que

lisonjea su gusto.

3. Que segun estos principios, es muy fácil que la muger desagrade al hombre, luego que éste la considere como suya, lo que se vérifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha enterado con medios inhonestos, ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo dice: *si quieres aborrecer á tu amiga casate con ella;* y dice bien, por que en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y éste muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casandose, no tiene témor que lo refrene, y entonces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4. y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfien de sus mas constantes adoradores: que antes de decidirse, examinen bien el corazón de aquel que las incline, y cuan-

do se miren *suyas*, traten de complacerlos cuanto puedan; para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas. y se conviertan los esclavos en tiranos.

Cayó el cura, y el licenciado guiándole el ojo le dijo: no va mal, señor cura: uno deja la apologia de las mugeres, y otro la toma. No hay que hacer, con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tubieran, infelices de los hombres, ya no podriamos averiguarlos con sus mercedes. Si sin eso son tan endiantradas, ¿que fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos cartitas? ¡Oh! entonces quisieran ensillarnos.

Callesé V. señor Narizes, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enrredan á una pobre muger y luego la dejan en la pelaza y hablan de ella.

Quien los vé cuando estan enamorando á una pobre muchacha, ¡que finos son! ¡que atentos, que rendidos! ¡que de promesas hacen,! ¡que lágrimas derraman! ¡con que juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. Vaya, si mienten con tanta viveza que aun ellos mismos lo creen; pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! por que apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas quien sabe como; y esto es á buen componer, si no es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto á pasado á sus amigos, dicen que Fulana es una loca una fea, una zonza y una coquetilla comur, riendose todos alegremente á costa de la desgraciada muger; y mordiendo su honor publicamente en los paseos, tertu-

lias y villares. Bien haya la que no se fia de ustedes como dice el señor cura, pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me estiende mucho.

Con iguales espresiones acaba sus versos la monjita, que cité dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: con mucho gusto lo haré, señora; pero pues ya hemos concluido, y estan alzando los manteles, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo d. Dionisio: V. está en su casa y hará lo que quisiere; pero ya dias ha que prescribió esa costumbre. Tal vegestoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frayles y muchachos colegiales, que comen en refectorio; pero en las casas desentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas de

centes, dijo el cura, donde todavia está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer, y ciertamente me hace fuerza: por que no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los dias resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza: cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas*; pero ¿qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, damos gracias á montones.

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bien estar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan espresiones para algun deudo, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte á donde no queremos ó no podemos asistir, y nos escusamos

con muchas gracias: nos oferten alguna cosa, que perjudica nuestra salud ó nuestra bolsa, y lo rehusamos, dando muchas gracias al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay; y no como quiera, sino muchas á miles, infinitas.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado economicos; que digo, somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? por que solo así pareceremos menos culpables ante sus ojos aunque no le manifestemos nuestra gratitud

ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada ésto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas; especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; por que lo demas no lo hacen, y les dá verguenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mi, digo que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rustico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando menos; y así procuro dar buen ejemplo por mi parte. De algo me han de servir sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo ésto el cura, sin esperar respuesta, por que no la tenia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias y todas lo

acompañaron dócilmente, diciendo yo ex-
tre mi: si en todas las mesas donde asis-
ten sacerdotes hubiera alguno tan celo-
so como éste cura, que se encarga de
dar gracias á Dios, y á los seculares
buen ejemplo, pronto veriamos restable-
cida ésta loable costumbre de nuestros
padres.

Luégo que pasó ésta religiosa se-
sion, repitió Eufrosina al cura el encar-
go que le hizo de que dijera los ver-
sos, y el buen eclesiástico cumplió su
palabra como se verá en el capita-
lo que sigue.

CAPITULO II.

*Refiere el cura los versos, y se trata so-
bre la profanidad de las mugeres y el
modo con que puede ser lícito en ellas
el adorno.*

CIERTAMENTE, señores, dijo el cu-
ra: que habrá fastidiado á ustedes el ser-

raou; pero como estoy hecho á predi-
car, se me olvidó que estaba en una
mesa; bien que no me arrepiento de lo
dicho, por que como estoy seguro de
la religiosidad de ustedes conozco que la
omision de dar gracias, no es efecto de
impiedad, sino por seguir la moda has-
ta en ésto; aunque tambien estoy seguro
de que desde hoy será otra cosa; y así,
variando de asunto, oiga V. señorita, co-
mo se espresó la madre Juana Ines en
defensa de su secso, y con que gracia
reprehende á los bombres que hablan
mal de las mugeres, despues que las se-
ducen. Dice así.

Hombres nécios, que acusais
á la muger sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais:
Si con ansia sin igual
solicitais su desdén,
¿por que quereis que obren bien
si las incitais al mal?

Convatis su resistencia,
 y luego con gravedad
 decís que fué liviandad
 lo que hizo lá diligencia.
 Parecer quiere el denuedo
 de vuestro parecer loco.
 al niño que pone el coco,
 y luego le tiene miedo.
 Quereis con presuncion nécia
 hallar á la que buscáis,
 para pretendida, Thais, (*)
 y en la posesion, Lucrecia. (**)
 ¿Que humor puede ser mas raro
 que el que falta de consejo
 el mismo empaña el espejo,
 y siente que nó esté claro?
 Con el favor y el desdén
 teneis condicion igual,

(*) Una pública ramera.

(**) Una romana tan honrrada,
 que se mató por no sufrir su honor ul-
 trajado por la fuerza.

quejandoos si os tratan mal,
 burlandoos si os quieren bien.
 Opinion, ninguna gana,
 pues la que mas se recata,
 si no os admite es ingrata,
 y si os admite, es liviana.
 Siempre tan nécios andáis,
 que con desigual nivel
 á una culpáis por cruel,
 á otra por fácil culpáis.
 ¿Pues como ha de estar templada
 la que vuestro amor pretende,
 si la que es ingrata ofende,
 y la que es fácil enfada?
 Mas entre el enfado y pena,
 que vuestro gusto refiere,
 bien haya la que no os quiere,
 y quejaos, renorabuena.
 Dem vuestras amantes penas
 á sus libertades alas,
 y despues de hacerlas malas,
 las quereis hallar muy buenas.
 ¿Cual mayor culpa ha tenido

En una pasion errrada,
 la que cae de rogada,
 ó el que ruega de caido?
 ¿O cual es mas de culpar,
 aunque qualquiera mal haga,
 la que peca por la paga,
 ó el que paga por pecar?
 ¿Pues para qué os espantais
 de la calpa que teneis?
 Queredlas cual las haceis,
 ó hacedlas cual las buscáis.
 Dejad de solicitar,
 y despues con mas razon
 acusaris la aficion
 de la que fuere á regar.
 Bien con muchas armas fundo
 que lidia vnestra arrogancia,
 pues en promesa é instancia
 juntais diablo, carne y mundo.

Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el licenciado en un tono burlesco dijo: no hay du-

da en que estan buenos los versos, que ha dicho el señor cura; pero con su licencia, son mejores unos que yo se y dicen así:

Cierto artífice pintó
 una lucha en que valiente
 un hombre tan solamente
 é un horrible Leon venció:

Otro Leon que el cuadro vió
 sin preguntar por su Autor,
 en tono despreciador
 dijo: bien se echa de ver
 que es pintar como querer,
 y no fué Leon el pintor.

¿Que tal no está la fabulita que ni mandada á hacer? ya se vé como del úmen del dulce Samaniego.

Bien; dijo d. Dionisio ¿pero á que viene aqui la fabulita? Claro esta á lo que viene, contestó el licenciado: se echa de ver que no fué hombre sino muger la

autora de las estrofas que ha referido el señor cura; y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger del mundo. En atencion á ésto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su secso, por que no fué leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hnbieran éstos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos, con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las seduzcan los hombres. Ellas dan la materia y los hombres disponen la forma. ¿Que importa que no rueguen descaradamente, que las seduzcan ó euamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aquí hay pato grande, dicen, venga V. mi alma: aquí hay pato grande con tortillas con chile. Venga V.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero que tienen igual ó mas eficaz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la benevolencia de los hombres ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: *tea*

casa se alquila. ¿Quien no advierte el espíritu de éstas pobres? pues éstas son las pateras.

Las no infelices no se valen de éstos arbitrios vergonzosos, pero sí, de otros que no les van en zaga en la sustancia. Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar, y aquella estudiada afectación de todas sus operaciones. A que fin sino para provocar á los hombres, son esas, medias color de carne, esas transparencias de los puntos conque se descubren las espaldas, esos desgotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos con-toneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar, ¿en una palabra, ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacerse amables de nosotros? ¿No es verdad que estas tales se parecen bien á nuestras almuer-ceras, que aunque ue llaman á los hom-bres con la boca, los provocan con su diligencia y compostura? En efecto, las

mugeres pobres gritan su deseo, y las no pobres lo dan á entender; pero todas *lo venden su pato*, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus estravios en las mugeres, y éstas en aquellos; pero lo cierto es que tan malos son nnos como otros, mas por lo que toca al punto de seducción, ellas son peores que ellos, por que si los hom-bres las seducen, es por que las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado; y últimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el licenciado; y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad, que tenia, dijo: ¿que le parece á V. señor cura, y que buen concepto debemos las mugeres al maldito Nariguetas? Pa-

ra él no hay una buena, ni sabe hacer distinción de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. Vamos, que ésto es una picardía intolerable, y solo V. señor licenciado Narices, se puede producir de ésta manera. Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diría que era V. temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, debería no decirlo delante de unas señoras, que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciría de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decía con mucha sorna el abogado: yo no barro con todas las mugeres. Se que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su

escaso número, si se pone en comparación, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro que nada he dicho que no lo demuestre la experiencia. ¿Que dice V, señor cura?

¿Que he de decir respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que V. acaba de hacer de que no habla en general, sino sólo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta V. que tampoco á estas mugeres defiende la madre Juana Inés en los versos que escribió y yo he dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras

que éste fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su secso. Oiga V. sus palabras otra vez.

Combatis su *resistencia*,
y luego con gravedad
decis que fué liviandan
lo que hizo la diligencia.

Bien claro esta que nuestra monja habló en pró de aquellas, que hacen *resistencia*, á la seducción; y no de las que convidan á ella. ¿A éstas quien las á defender cuando se hacen objetos de abominacion para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las mismas que V. ha hablado. Esto es: de las muy profanas y escandalosas.

El Espíritu Santo aconseja que se huya de las mugéres compnestas con demasiado lujo, y que no se entretengan con ellas, por que han sido muchas ve-

ces el escollo de la inocencia. (*)

La verdadera virtud ó el mérito verdadero, dice un Luterano convertido, saca su lustre de si mismo y no busca un realce en el oro y en la plata, que solo es estimado entre las mugéres, los tontos y el vulgo, ei cual ordinariamente juzgan del individuo por la profanidad ó adorno de su traje.

Pero, señor cura, decia Enfrosina: ¿que todas hemos de vestirnos con hábitos de capuchinas ó enaguas de jerguilla? De ninguna manera, respondia el párroco: en toda sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan extraño y ridiculo sería en un capitan de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitan. Esto quiere decir, que cada

[*] *Eccl. cap. 9.*

uno debe vestirse segun su estado y condicion, y por eso dice aquel refran vulgar *vistete como te llamas*. No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la jóven como la vieja, ni la señora como la plebeya: ni la ama como su criada, ni nadie con trage que no le pertenece. Entonces sería un desorden y una asombrosa confucion.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia, que un zelo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ó de otro nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay diferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato: las primeras deben seguirse, y las indiferentes, pueden ó no, adap-

tarse, segun el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quien negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrupulo.

Ahora, que el túnico ataque por detrás ó por delante, que el pantalon sea de casimir ó de pinto, es una cosa indiferente porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno, y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de un género trasparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre el que lo trae: si el túnico está delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda,

entonces ya esta es moda obsena, escandalosa y abominable, y portanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es la que las convierte en pecaminosas, é ilícitas. Dije que de las mas; y no de todas, porque hay algunas que son malas en si y no tienen por donde cohonestarse.

Los antiguos corceés que han substituido á las cotillas, son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con qué disculparse su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Alla se la hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificacion; pero en lo físico es iacgable que es

tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone hasta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse.... poco he dicho. No son arbitras ni de comer á gusto, por que temen, y con razon, que el volumen del alimento las oprima mas, ó les rebiente el corcé; y así el dia que se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningun mérito; y ya se vé que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de niuguna manera,

El célebre Buffon condena las cotillas, los corceés y todos aquellos vestidos dolorosos, que con el vano pretesto de formar el talle, estorban la respiracion, impiden que la sangre circule con libertad, y causan mas incomodidades y deformidades de las que precaven.

Aun sería menos perjudicial esta moda si generalmente se usara con mas prudencia; pero me dicen. y no lo du-

do mucho, que hay señoras, á quienes el cochero ó lacayo atacan el corcé; ya se deja entender que ésta diligencia se hace para que esté muy apretado; y siendo esto así, no es extraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capaz de matar con su continuacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen ésta verdad, y temen sofocarse si se quitan derrepente los tales corcés, y por eso tienen buen cuidado de que se los aflojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sigase en orabuena la moda cuando sea útil é inocente; mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente por que es nuevo, por mas que estemos convencidos de que puede acarrear muchos perjuicios físicos ó morales. Esto no es ser modistas, sino esclavos serviles de las modas.

Pues, según eso, señor cura, de-

cia Eufrosina; bien puedo yo seguir las modas sin cargo de conciencia. = Las útiles y honestos, si, señora: las que no lo sean, no. = ¿Y con que regla mediré yo esa utilidad é inocencia? — Oh, señora, respondió el cura: ahí esta toda la dificultad de la materia.

Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razon, sino seguir sus naturales impresiones, entónces confundimos facilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que alhaga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones nos agrada, y tenemos por útil é inocente, á lo menos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó espresamente prohibidas por la ley; y ésta es la causa de que frecuentemente se apelliden á las virtudes vicios. Por esto el espadachin provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el prodigo por liberal y la muger profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora. la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conoser cuando una cosa es útil y honesta, y cuando sea solamente deleytable, y este conocimiento no es difícil de adquirirse, en haciendo á un ladito el amor propio.

Hecha esta diligencia, se le ocultará á ninguna muger que todo exceso degenera en vicio: ignorará que toda profanidad es un exceso de la moda ó lo que se llama lujo sobresaliente, y no sabrá que este exceso no puede menos que traer funestas consecuencias ya por el escandalo que ocasiona á los que lo notan, y ya por que en éstos gastos superfluos se aruinan á los padres ó maridos. Es imposible, por que á nadie se ocultan éstas verdades.

Pues ya tiene V. señora, en pocas palabras la regla con que conocer hasta que punto puede seguir la moda. Vistase V. conforme á su estado, pero

sin disipar lo necesario ni arrdinar á su familia. Adornese enorabuena según su clase; pero sin ser profana ni escandalosa. Ataviase como una señora decente; pero nunca como las trasparentes coquetillas, y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga V. por último, lo que el sabio Blanchard dice: sobre esto, para que viva mas tranquila, y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrorizador, ni un tirano que nos impide el uso de los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sojeta para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del proximo y daño nuestro.

„Cuántos pesares, dice Blanchard: „se prepara uno quando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su persona! La causa mas ordinaria de la „ruina de muchas personas, es que ar-

„reglan su gasto segun su estado y no
 „segun sus medios, segun su ambicion y
 „no segun sus riquezas. El lujo, hijo
 „del deleyte y de la vanidad, conduce a
 „la pobreza por unos caminos brillantes y
 „agradables; pero son solamente los lo-
 „cos los que lo siguen.”

„Una especie de lujo moderado en-
 „tra en las miras de la naturaleza, que
 „ha derramado, así en la tierra como en
 „los cielos, una magnificencia igual a su
 „grandeza; pues no ha prodigado tantos
 „beneficios á los hombres para prohibir
 „les su uso. Pero lo que la razon nos
 „prohíbe es un lujo excesivo, ó dañoso,
 „es todo goce superfluo que no está pres-
 „crito, ni por lo que es justo conceder á
 „su calidad, ni por lo que esige el uso
 „legítimo de la nacion en donde se vive,
 „y cuya modificacion no puede dejar de
 „merecer la aprobacion de las gentes
 „sensatas.”

De que sirve á las mugeres el exce-

so ridiculo de adornos, la toca pasion de
 „modas y novedades, que cuestan tan ca-
 „ras y pasan tan pronto.”

„Yo sé que la Sabiduría permite se-
 „guir las modas, que no son sino indife-
 „rentes, y que no ofienden las costumbres,
 „ni desarreglan la hacienda. Aunque las
 „modas no sean lo mas frecuentemen-
 „te sino hijas de la incostancia y el ca-
 „pricho, las personas mas sabias se ven
 „algunas veces obligadas a conformarse y
 „someterse á ellas, por no parecer ridi-
 „culos.”

„La moda es un tirano peligroso,
 „del cual nada nos libra, y es forzoso
 „á su gusto y capricho acomodarse.”
 „Pero siendo preciso sujetarse
 „á las leyes que impone locamente,
 „el sabio como piensa rectamente,
 „nunca el primero es para seguir las,
 „ni el último en dejarlas u olvidarlas.”

„ Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ricos y magníficos; es mas glorioso y estimable el que darse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre para las mugeres el mas bello ornamento y el mas noble adorno.”

De lo dicho inferirá V. señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa, entre la decencia correspondiente á cada persona y el ecsesivo lujo; y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: cierto que el señor cura se ha explicado con bastante solidéz, y su doctrina nada deja que desear en la materia; pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la ecsesiva compostura, advirtieran que, prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el

demasiado lujo, hay aun otra razon muy suficiente para contenerlas en los limites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni el trage, ni el andar, baylar, conversar &c.

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido; pero tambien saben que no es menos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser ceducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaaces, que cuando tratan de llevar al cabo su pasion ó su capricho, atropellan facilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido, y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¿Cuántas niñas han salido de las clausuras á prostituirse, por no haber podido impedir las paredes de los con-

ventos y colegios la seducción del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mugeres ser honestas, es necesario que manifiesten su recato en su traje y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con solo que uno de estos vea á una joven demasiado compuesta, afectando el paso, haciendo muecas, y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene chanto su temeridad necesita para confundirla con la muger liviana, aunque sea la doncella mas juiciosa, ó la casada mas honesta.

Lo peor es que muchas veces no pára en esto todo el mal. Quiero decir: no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactandose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. Que se sigue de aquí: que aquella pobre niña pierde el crédito entre los demás

porque de boca en boca pasa por una facil, y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las mugeres que esto no es una ponderacion; sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quien lo duda? pero si las señoritas se vistieran con menos profanidad, ellos no se atreverian tan facilmente á difamarlas, pues es cierto que la muger honesta, casi siempre enfrena la lengua y el arrojito del hombre libertino.

Con que cuando el temor de Dios y el amor del proximo no estimulara á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el

trage inferen la conducta de la muger, y sin mas datos, despedazan su honor alegremente.

„Nada se debe ferner tanto en las mugeres como la vanidad, dice un autor muy respetable. (*) Los caminos que conducen á los hombres á la gloria (1) y autoridad, les estan cerrados; y asi aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo, y por ciertas eesterioridades del espiritu. De aqui nace aquella conversacion dulce y atractiva, aquel grande aprecio de la her-

(*) El señor Fenelon en su educacion de las hijas.

(1) A la gloria mundana que consiste en el poder, autoridad, ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las mugeres les estan cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bien aventuranza eterna.

„mosura y gracias eesteriores, y la demasiada aficion á los vestidos, y demás adornos del cuerpo. Una peyneta, un lazo, un túnico, (2) la eleccion de un color, un rizo, un poco mas alto ó mas bajo, son para ellas negocios importantes.

„Este ceseso va tomando cada dia mas fuerza: el amor mudable de las mugeres, la aficion á los vestidos, la pasion á las modas, juntas con el amor á la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive tambien casi ain distincion de personas....”

„Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupcion de las costumbres.... Esta es la causa de ecstinguirse insen-

(2) He substituido esta voz, á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido, realza la persuasion por ser el túnico trage del dia.

veramente el honor, la fé la probidad, y el amor natural, hasta entre los parientes mas cercanos.

„Todos estos males provienen de la autoridad que las mugeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado, de decidir sobre las modas...“

„Proceurese pues, dar á entender á las mugeres desde niñas, quanto mas apreciable es la distincion que se logra por el camino de una buena conducta, que la que se consigue por un buen peinado, un buen vestido, ó cualquiera otro adorno del cuerpo...“

„Yo bien sé que, segun las costumbres de nuestro siglo, sería una ridiculéz el persuadir á las mugeres jóvenes que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable, y conforme á las costumbres

„cristianas. De este modo, conformandose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrian á lo menos, juzgar con justicia de su ridiculéz: ellas se sujetarian á la moda, pero la mirarian como una esclavitud, y solo la seguirian en lo que no pudieran evitar...“

„Entre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudéz de pechos, y á todas las demás indecencias del cuerpo. Aun quando se cometan estas faltas sin alguna intencion, ó pasion desordenada, no deja de ser una vanidad, culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al proximo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana, que debe mirar como una especie de idolatria todo lo que

„la aleja del amor á su Criador, y del
 „desprecio de las criaturas. ¿Que se
 „pretende cuando se quiere agradar por
 „estos caminon? ¿No es el escitar las
 „pasiones de los hombres? ¿No pasan
 „demasiado adelante, por poco que se
 „les alumbre? ¿Acaso está en poder de
 „las mugeres el refrenarlos cuando pa-
 „san mas allá de lo justo? ¿A quien
 „pues, se debèn imputar los escesos?
 „Prepara lá muger con su indecencia
 „un veneno sutil, y lo vierte sobre los
 „que la miran. ¿Como se podrá juz-
 „gar inocente?”

Hasta aquí este sabio moralista; pe-
 ro concluyámos esta conversacion, que
 acaso ya fastidiará por lo larga; aunque
 ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y
 en todas partes se reflexionara con aten-
 cion sobre estas verdades! tal vez algu-
 nas familias se librarian del deshonor
 y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel.

despues de haber hablado cada uno de
 los concurrentes un poco sobre lo que
 quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

*En el que se cuenta la caritativa confe-
 rencia que tuvieron estas señoras acerca
 de sus maridos y la célebre aventura que
 par una de ellas sufrió un viejo enam-
 orado,*

ASI como no basta que la semilla
 sea buena para que fructifique si no se
 siembra en buena tierra, así tampoco
 aprovechan las mejores máximas morales
 si no se reciben en un corazon bien dis-
 puesto. Facil es concebir, que Matilde
 no solo gustó de la conversacion ante-
 rior, sino que se aprovecho de toda ella,
 como que era naturalmente modesta y
 enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete, durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se ve que Eufrosina me tenía por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le devia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto, á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿que les parece, niñas? ¿quando pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El ránfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado, nos han echado tres sermones de lo mejor. Vaya, que han quedado ustedes frezcas y conuidadas

para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad, que estoy demasiado corrida; pero disculpenme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chaitilla, de quien se habló en el capitulo primero del primer tomo de esta obrita; no te apures, ¿Que culpa tienes tu, de que el maldito Nariguetas, sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado, sean unos imprudentes, impolíticos, que quieren convertir los estradas en iglesias ó santas escuelas? Dejalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se ve que así, decia Eufrosina: ¿pues que caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los hecha bien seguido, y con tanto fervor como el que han oido; pero yo me rio de el y de sus sermones, y le digo que ha errado la vocacion de medio á medio, pues para misionero no tiene precio; pero aunque me

burlo de su sencillez en persuadirse que alguna vez he de acomodarme á sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un bien hombre; al fin es mi cuñado y basta que quiera tanto á Matilde; ya se ve, que ella le ha cogido el lado de morir; por que mi hermana es el amen de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zónza ni mas condescendiente. Si don Rodrigo dice, sal, sale: si dice, no salgas, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro modo, tambien. En fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada; y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona, que apenas sale de casa y eso vestida como quiera. Toda

su diversion es su almohadilla, y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no se como Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decía Adelaida: si los viejos son el mismo diablo. Cera y pañilo vuelven á una pobre muger como la conozean buena desde el principio. En este caso, los muy picarones se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciendolas de todo, cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas, y hachas unas criadas de honor. No tienen ellas la culpas sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á la maestra. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? pues para que veas que bien enseñada la tienen.

Si, decía Rufosina: si ces mi her-

mana una pobre tontita: cuanto dice su marido lo cree como si lo dijera un santo padre, no envalde él la quiere tanto y está tan contento con ella, como que no tiene una muger, sino una hija, que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no lo he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados siquiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro; por que casi todas las mugeres andamos á matame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pamplina.

Si lo es en efecto, decia Rosaura: yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en ecstremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Judas. ¡Ay, niñas! ya no tengo vida con él: de su sombra se espanta. Siempre hede salir pegada con él, hecha llavero. Solo acá me deja venir medio sola; puedes creer, Eufro-

sinita que tienes la túnica de Cristo, como dicen; y eso, ya ves que no se despega de mi Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá: con esto, el le tiene mandado que no se separe de mi para nada, y no soy dueña de resollar, por que ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay, niña! pues tienes una pension terrible, decia Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que don Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crees? contestaba Rosaura; pues aun no he dicho nada. Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por alli hade venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro; si estoy alegre, lo mismo. En fin, yo no

puedo hacer nada que no lo encele: de todo teme, todo lo asusta y de todo desconfía, y con esto me da una vida de los perros.

Si lo creo, decía Adelayda; pero ¿en donde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el estremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es por que me estima, sino por que ya se ha enfadado de mi y no me hace caso; y eso ¿porqué? porque de pocos dias á esta parte está enyelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la hade pagar: si, jurada se la tengo: no me la hade ir á penar por vida de Adelayda. ¿Pero que tuerta es esa? que yo no la conozco, decía Eufrosina. — A Dios no la conozco! Como á tus manos la conoces. — No te acuerdas de aquella que vive por santo Domingo? — ¿Cuál? — La Hipólita? — La misma? — Pues niña, esa no es tuerta. Es un poco tur-

nitaz; pero le agracia, por que tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita. Para mi es mas fea que el mismo diablo. decía Adelayda: será, por que no la puedo ver. ¿Pero que motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decía Eufrosina; porque don Feliz es muy hombre de bien y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brigidas. — ¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decía Adelayda: esa es de las que las cogen á tientas y las matan cañando. Con toda su hipóresia no le parece mal Feliz. — ¿Pero que le has visto? — Nada: pero que mas he de ver: sino que el otro dia en el paseo se rompió su coche, y Feliz la hizo entrar en el muestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme, ya se ve que no por mi sino por el coballero, ná mi no me acomodó nada semejante visita, y así traté de

desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniendole mal modo, y no visitandola. ¡Santo remedio! con esto se ha desterrado; pero que importa si el va á su casa, segun me han dicho.

¿Con que tu, no lo subes? decia Eufrosina, ni los has visto juntos? = No niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos, y nadá he podido conseguir.

Pues, niña, decia Rosaura: yo pienso que tu pasas mala vida por celosa, y yo por que me celan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su génio celoso y endiantrado; pero tú, á ti misma no te aguantas tus celos; y no tienes razon para quitarte la vida; porque esa niña que dices, la conoces bien; y sabes que es media parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estaba muy en el órden. No podia haberse escusado: el lance no será para

menos: la política y el parentezco lo estrecharon, y así la verdad, tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña; y sobre todo, dejate de ser celosa por que te quitarás la vida en cuatro dias.

Muy bien aconsejado, decia Camila: sin eso quien sabe como una la pasa con su marido, por que los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una gusto completo. A mi no me vale no meterme con mi marido para nada. Yo lo dejo, caiga ó levante, y jamás le digo una palabra. Es verdad que yo con bien lo digo, nada le he visto, y el hasta ahora me trata muy bien, pero en esto de modas me tiene á pan y narauja: en pocas me deja entrar, y eso tales han de ser ellas. Siempre me predica la santa ecónomia, y apenas le hablo sobre ésta ó la otra cosa que se usa y yo quiero, cuando me sale con que esta pobre, que no le alcan-

za el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañana nos hará falta y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

Bien hayas, tú, que has dado en el punto de la dificultad, decía la chata: la mezquindad y la miseria de muchos maridos es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convertí en predicadores y misioneros contra las modas, como al cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oír predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el lujo mi cuñado, decía Eufrosina: el es algo mezquinillo y no tiene mayores proporciones. Lo que sí, me incomoda demasiado es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, á de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se escusa.

Ay, niña! ¿no sabes en que está eso? decía la chata: opues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo no por que no les gusta, sino por que ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del santurrón, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero ya digo: esto es por que no pueden más. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados, y así se desquitán hablando mal de lo mismo que quisieran. Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco. Se parecen á la zorra que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una snta enfermedad, y se marchó diciendo: tal cabito estan verdes. Que malos eres, chata de mis peccados, que malos eres de lo que Eufrosina te

ta qué juicio tan temerario has formado de los pobres viejos; pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien; porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados como los mozos, que delante de las gentes los he oido predicar contra las modas, y abominar á las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mi misma me han echado mil polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad; por que hacen unos consejos que hasta ellos mismos lo creen.

Si, si lo creo, decia la chatilla; á mi me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la halla perdonado) y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa... ¡ojalá fuera yo como ella! Pues, niña, iba á mi casa un mal-

dito viejo de mis pecados, á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, por que todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contarnos la vida de san Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaclatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre, y la buena señora estaba encantada con su don Ciriaco, que asi se llamaba el caballero.

Hablar delante de él de modas, ni por pienso. Todas decia que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba el allí que nos habian ido á convidar para un bayle, aunque fuera á la casa mas honrrada; porque al instante le ponía á mi madre tanta cabeza, diciendole que esas eran unas ocasiones muy próximas para que las niñas doncellas perdiesen el recato y el pudor; que en los mejores bayles no faltaban jove-

nes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bayladora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonra de las casas, y de que se hablase mal de las niñas: que allí aprendian en una noche lo que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bayles, sabiendo lo que son, y lo que sucede en ellos, no podian estar escusadas de pecado mortal, siquiera por que las esponian al peligro, y que el que ama el peligro en él perece, y así que si no queria arder para siempre en los infernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, por que era una santa, y si me llevaba alguna vez á un bayle, era solo á ver bailar, y sin despegarse de mí para nada, y eso por que no la tubieran por desatenta; luego que oia al viejo condenado, resollava no llevarme, y se disculpaba lo mejor

que podia. Con esto me quedaba yo echando sapos y cuebras contra el entremetido consejero y muchas veces estube por decirle á mi madre lo que pasaba, y si no lo hice, fué por que temí que no me creyera y me echara un buen regaño. Pues que te sucedió, niña? decia Camila; por que ciertamente que mirandolo despacio, el señor don Ciriaeo decia el credo, y no podia ménos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado. No era sino un pícaro muy hipócrita, decia la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenia por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitia la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenia que hacer en otra pieza; y entonces se descocia el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderías del tiempo antiguo, dandome muchas perlas, diamantes y rubies...

¡Ola! dijo Eufrosina: esas no son majaderias; sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda uo me caso con Langaruto; por que mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú, fuíste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarda.

No, no fuí tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata, tendiendose de risa: pues ¿que piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastadas en oro ó plata en algunas alhajas? No hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiendolo de una vez; me las daba en verso, y no solo eso, sino soles y estrellas á millares. Ya veras y que rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo, y viendo él que no me alucinaba con tenteras, apeló a los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi pre-

sencia, hincarse delante de mi y querer besarme los pies como si fuera santa, levantarse derrepente desesperado, jurar, botar, renegar, y darse de bofetadas, hubieras echado las tripas del risa; porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, yo las mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar.

Yo le decia á este abuelo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. Esoganiá, le dije muchas veces: V. se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á V. no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con sus tós. Ya V. es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pie aqui y otro en la se-

pultura: y piense V. en rezar, y encomendarse á Dios, pues está á V. mas para la otra vida: que para esta. Vayase. V. no ramálas, ya se lo he dicho. Todas estas soberas y mas, dé de ciap y obdada irato; pero no me valiar yo no he visto viejo mas sin vergüenza. E viendo que no podia conquistar omioco razon con sus versos, y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero no que arbitrio, niñas! el mas soez, de avergonzarme en un que bso pudiera fingir. Ya soy muger casada, y todovias me avergüenzo de acordarme. Que bien dicen, que dos viejos libertinos, y relafados son mas indignos que los mozos. Pues cual fué ese arbitrio, niñas! preguntó Eufrosina: que yo creo que sería terrible, pues te pones colorada al acordarte? Con razon, gustestó la chataz sbera de los mas atrevidos. Pues vean ustedes, que no pudienno conseguir nada de mi como he dicho, trató de pro-

vocarme contandome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyendome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasandose á hacer en mi presencia algunas acciones tan feas que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay, niña! dijo Rosaura: esa era una grandísima picardia. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué no lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre? = Por que mi madre me hubiera regañado, diciendome que no fuera maliciada, ni dejara sola la visita. = Pero por que no le decias lo que pasaba? — Porque no lo hubiera creído. = ¿Y por que no le decias que te espicara y escuchara al viejo, cuando te quedabas sola con él? = Por que el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto, cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podia escuchar. = Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener

alguna compañía á mi lado. = Cuando podía, lo hacia así; pero no siempre habia esa proporción; por que mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre era muy cándida. Ahora conozeo que es verdad, que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas por que cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: por que quien no se hubiera engañado con la hipocresia del santurron maldito? La inocente señora, que, en paz descanee y mis palabras no le ofendan, solia decirme algunas veces, hija, que bueno es el señor don Curiazo! toma sus consejos mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado, platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre, y suelo decir entre mi: ahora en mi casa está la virtud en el estrado. Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes como no estaria aturdida, ni como yo era capaz de haberla persuadido á que aquel viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba el diciendome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas; entraba mi madre á ese tiempo, y el perro viejo, al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: no es verdad, señora, que le digo bien á esta niña que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, por que así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, por que en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de San Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo

le traeré una semanita del santo para que la rece y se le encomiende muy deveras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mi) de monja! pero Dios hará lo que con venga.

Así engañaba este malvado á mi madre, y en fuerza de este engaño, que efecto habia de haber hecho en su corazón ningún aviso ni el que hizo al fin, y fué el caso que un dia de los que él sabia aprovechar sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, le dije viejo maldito, hipocriton, deshonesto, ó se calla V. la boca ó le voy á avisar á mi mamá de todo lo que me pasa con V. Está amenaza que debia haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quien sabe que le sucedió, pues levantandose de su asiento, se acercó á mi, y cogiendome la cara, me iba á dar un besq; pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, quanto yo en plantarle una buena bofetada.

¡Que bien hiciste! dijo Eufrosina cuando una mozer no dá margen á que le pierdan el respeto, y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados. Y en que paró este lance?

En que habia de parar? en tragedia; el viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme, llamandome mocosa, atrevida, insolente y que se yo, al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¿Que es eso, don Ciriac? le dijo, ¿que á sucedido? ¿Que ha de suceder, señora, dijo el viejo, que ha de suceder lo que le tengo á V. dicho muchas veces. ¿No se lo he dicho á V? no se lo he dicho, que á las muchachas de éstos tiempos es menester tenerlas en un puño por que son la desonra de las madres pues eso es lo que ha sucedido. Mire V. que pa-

pel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla, si teniendo V. tanto cuidado con ella, admite esos papeles, que no los admitiera la ramera mas pública de Méjico, ¿que fuera si V. se descuidara con ella? Siento decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta, su niña de V. perdió todo lo que tenía que perder. En fin, lea V. el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlos, pensaba yo en huir ó disculparme; pero nada me resolví; y así me quedé como una estatua, temblando mas de colera que de el susto.

Apenas leyó el primer verso, cuando escandalizada, y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo y me dió tal tarrea

de golpes y patadas que si las criadas no me defienden, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo que si he estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandisima puerca tambien eres habladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres hechar la culpa de tus liviandades y picardias á un hombre tan virtuoso y tan honrrado? ¿que dieras grandisima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor don Ciriaco? Pero anda hija vil y deshonesta, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en san Lucas (*) ó en la casa de pobres.

(*) Casa de correccion de mugeres.

Consideren ustedes como me quedaria yo en este lance, viendome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su colera, se produjo indiscretamente con peores espresiones que las que ha dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero ya no sentia yo tanto tan injusto castigo, sino que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Cuándo se habia de quedar? dijo la Chata. Yo me vengé de un modo muy bonito, y fué éste. Andaba en solitud mia el que ahora es mi marido: aquién yo, la verdad, no queria mucho; pero lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á acasarme con

él, con tal de que me vengara pronto. Apenas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurandole ser suya si tomaba una satisfacion por mi: y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo habia de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningun sordo; porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfacion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron y se lo llevaron al egido. Allí en aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos, mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó el cruel misereere, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedaso de papel y un tintero, y poniendole una pistola á los pechos, de juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyendome mi credito, contando el pasage como fué y pidiendo perdon de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecían, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fé que cumplian su palabra si no obedecia en el instante; y así quiso que no quiso, puso el papel como se le dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvía ni á pasar por mi calle porque lo habian de hacer tajajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volveria á acordar de mi. Con

esto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaría casi arrastrandose. Ya yo no volví á saber de él. Pues, niña, que no volvió á tu casa cuando sanó, dijo Eufrosina; por que era regular que él se quisera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas ganas, decia la otra. Lo cierto es que al otro dia, cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor y a verla, yo la carta en mi mano; y con esta satisfacción le dije: mamá voy á vestirme, pero uno para ir á ver á ese señor, sino para que nos vayamos á misa como siempre. Irá V. adonde yo la llevaré, me dijo mi madre muy enojada; pero yo le dije muy humilde: si, señora; mas antes será bienó que lea V. esa carta que le envia el señor don Ciriaco, á quien no sé como pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy seria, tomó el papel y se puso los

anteojos. Hemos de estar en que, como
merced conocia muy bien la letra y firma
del viejo, como que habia sido su apoderado
en cierto negocio; mas con todo
eso, le cogió tan de sorpresa este papel,
que lo leyó mas de cuatro veces: no
queria creer á sus ojos. Sacó otras firmas
de él, las confrontó, y asegurando
se en que la última era de la misma
mano, no pudo menos que llenarse de
gusto y de ternura, al ver que yo no
era como habia dicho don Ciriaco; y así
echandome sus brazos, comenzó á pedirme
perdon, y las dos á llorar á un
mismo tiempo.

Así que nos cerenamos, me preguntó
qué como habia llegado aquel papel á
mi poder, y entonces yo le referí sencillamente
lo que habia pasado, quien lo habia hecho,
por qué interés, y la palabra que yo tenia
empeñada, y que cumpliria con su licencia.

Mi madre me prometió que como él

sujeto fuera á mi igual, no habria embarazo,
ya por que con aquella accion habia
manifestado que me amaba, y ya por
que ella no queria verme espuesta á semejantes
lauces; pero mientras me decia su merced
tendré yo muy buen cuidado de no dejarle
solo ni con un Anacoreta del desierto,
al fin será hambre, y no hay que fiar
de nadie en esta materia mientras vivamos
en el mundo. Quien habia de pensar
que don Ciriaco era un hipócrita? Ah! que
bien dicen que entre santa y santo pared
de cal y canto. En fin, mi madre quedó
satisfecha, yo contenta, y mi novio mas;
por que ya me comenzó á visitarme,
confrontó con mi madre, se trató de
nuestro casamiento, y se verificó muy pronto
y muy á gusto. Bastante es el que nos
has dado con la graciosa aventura de tu
viejo, dijo Eutrosina; y me acordé que
la contaste para hacernos ver que cuando
pdeclaman contra las modas, contra los
bayles y contra

tra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. Vase vé que tú no dirás esto tan en general como sí. No, ni lo permita Dios, decía la chanta como habla, yo que sé tan temeraria. Uno es uno y otro es otro. Una cosa es la chanza y otra es las veras. Como he mos de dejar de conocer y confesar que hay muchos señores mayores muy honrrados, y verdaderamente virtuosos, así como hay jóvenes lo mismo que hablan contra los viejos ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, lo por caridad y en chase de consejo como ahora el señor cura y el confesor. De bido hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, que con los bienes no me meto en querer oírlos, por que no me acomoda que me asustan. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha y me gusta la moda, y los bayles, y

el coliseo, y los toros, y la orilla, y la alameda y todo enanto hay, y tengo dinero y no me he de enterrar en vida; sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quise meter á capuchina. *no se oye y se oye*
 Bien hayas tú, niña, decía Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que seamos muchachas y tenemos con qué, que mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester mas para que comience á predicar. *el sup o se oye*
 Luego me dice: si todo se puede hacer; pero con orden y sin escandalo, sin profandad, sin desperdicio; por que ese el dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bayles, abinase falta á la familia. Llegará el tiempo en que muchos hijos descarrarán para carneros lo que sus padres han tirado en toros. De que mi

hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, de la chata; por que los hombres son fatales, y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas, que no me mortifica demasiado. Sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña; por que le quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, travesen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre anda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, por que el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo. Yo luego le digo: dejalos, hombre, que hagan lo que quieran, estan en su edad, les

fuerza dar tiempo al tiempo, no pueden ellos comensar por donde nosotros acabamos, son muchachos. &c. pero nada me vale, al señor no le entran pauntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera es oír llorar a un muchacho. Caramba! que por no verlos abrir el huacal, era yo capaz de darles mi camisa; y por esto me sucedió el otro dia una mano bien pesada.

No sé como diantres vió Luisillo la repetición de su padre, que se le olvidó sobre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintin. a los principios se lo escondi; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo di, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué así; por que en un desuñdo se le cayó de la manita y se hizo pedazos.

Consideren ustedes que habria en casa luego que vino el señor y supo la averia de su relox, que estámba sobre las niñas de sus ojos, y tenía razon, porque

104
en efecto era bueno, de música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí. Esa es mucha indolencia, me decía, y mucho consentimiento. Así se educan los muchachos, licenciosos, sobervios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren sea justo ó injusto. ¿Que respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran, y no lo que tú les mandes? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: están acostumbrados á que por no oírlos, les den gusto, y por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen sobervios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y ipo-

co sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Lnia como hasta aqui que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el reloj, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro día por los imposibles; con que sigue, sigue malcriandolo, que tu lo llorarás.

Tal fué el sermón que me hecho mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantarselo hasta la bendición, por que estaba el hombre muy enojado por su reloj.

Y se enoja con justicia á mi entender, dijo Camila: ¿que fue eso de los imposibles? Cosas de los muchachos, con-

an no habrisuo calla
 testo la chata: mira tú, que el otro día
 empezó Luis á llorar por que queria ju-
 gar con mi hilo de perlas, y tanto me
 molio que hasta que se lo di, y al dar-
 selo le dije: toma, que un día eres tu ca-
 paz de querer imposibles. ¿Quien se vol-
 vio á acordar de semejante espresion?
 Pues catate ahí, que cuando menos pen-
 sé comenzo el muchacho á llorar otra vez
 con mas fuerza, y á pedir lostales impo-
 sibles: le dabamos dulces, viscochos, fru-
 ta y cuantas golosinas habia en casa ó pa-
 saban por la calle; pero no habia modo
 de callarlo; por que como todo lo cono-
 ce, no se la podian pegar. Este es dulce,
 decia, estas son rosquitas, estas son per-
 ras, yo quiero imposibles, yo quiero impo-
 sibles, denme imposibles. Ya me desespe-
 raba yo, no sabiendo como contentar ó
 que darle al maldito muchacho para que
 se callara; hasta que la costurera advirtio
 darle una cosa que no hubiera comido, y
 en el ayre nos acordamos de esos frijoles

gordos que llaman ayacotes, los que él no
 habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos
 á los bodegones, y no paro hasta que los
 encontro y los trajo. Los peleno en el momen-
 to y se los dimos secos y con sal. Como él
 no los conocia, y le poudieramos que habia
 costado mucho trabajo hallarlos, creyo que
 así era, y pasaron los frijoles por imposi-
 bles. Todos los dias se acuerda su pa-
 dre de este chiste y me da con esto en la
 cara.

En verdad que estubo bien gracioso,
 y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosi-
 na. Continuaron aquellas señoras hablan-
 de sus maridos y de sus hijos largamente,
 hasta que tocaron en el punto de las mo-
 das, y comenzaron á disputar sobre como
 seria mejor un túnico de iglesia si mora-
 do ó negro, si con mangotes de punto ó
 con guantes, y así sobre otras cosas de es-
 tas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo

fue á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la cha-
ta, pero con el juicio y solidéz que acos-
tumbraba.

CAPITULO IV.

*Que trata de la primera educacion de
los niños, y de otras cosas que no dis-
gustarán al lector.*

COMO me dilaté en la vivienda de
Enfrosina, me extrañó el coronel, y me
pregunto el motivo. Le contesté que
me habia estado divertido oyendo pla-
ticar á la señora doña Eufrosina y sus
visitas. Esto excito su curiosidad, y qui-
so saber las materias que se trataron en
la conversacion, y yo lo satisficé, con-
tandole lo que no lo podia agraviar,
como fué lo de los imposibles de Lui-
sillo.

Reian grandemente los señores con
este cuento, especialmente Matilde, que

apenas lo queria creer, hasta que su
marido le dijo: no te haga fuerza, hi-
ja mia, la tal impertinencia de ese ni-
ño, porque todos los consentidos son lo
mismo. El Abate Blanchard trae otro
caso igual. Tenia una señora un niño
de estos, enseñado á que le habian de
dar cuanto queria. Los criados estaban
impuestos á obedecer su gusto, porque
el niño no habia de llorar sin que se
le complaciese. Engeido con esta cos-
tumbre, un dia comenzo á llorar y mas
llorar con tal tenacidad que lo oyo su
madre, y llena de colera reconvinó al
criado que lo cuidaba, diciendole que
por qué no le daba al niño lo que
queria. El criado respondió señoras es
imposible que yo le dé lo que quiere,
pues me pide que le baje la luna y
la ponga en un vaso de agua. Bien
puede pues, estar llorando hasta el fin
del mundo, que yo no le bajaré la luna.
La señora quedo convencida de clarin-

de su hijo; pero el autor no dice si quedo corregida. Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños, y á hacerlos orgullosos y malcriados, sino la indiscreta condescendencia de las madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemplan con ellos en cuanto quieren. Permiten que el niño no lllore, le dan todo lo que pide, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nacen que se crían indociles, orgullosos, é impertinentes; pierden á sus padres el respeto, y el amor al mismo tiempo, y enseñados á hacerse obedecer con el llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia. Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que de los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, ó bien ó mal dirigidos por la ternura de

las madres, nace casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto Mr. Rosseau en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores muy perniciosos, se hallan verdades útiles. „Los primeros llantos de los niños (dice) son ruegos: si no se cuidan de ellos, en breve llegan á ser órdenes: comienzan por hacer asistir, y acaban haciendose obedecer. . . .” „Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y que no le falta nada no son sino llantos de hábito y obstinacion; no son obra de la naturaleza, sino de la que los cria, que por no saber tolerar la importunidad, la multiplica, sin advertir que haciendole callar hoy al niño, lo acostumbra mañana mucho mas. El único medio de curar ó precaver esta costumbre, es no hacer aprecio de sus llantos; pues nadie quiere tomarse un tra-

„bajo inútil, ni aun los niños. Lloran porque conocen que llorando consiguen lo que quieren, pero si se tiene tanta constancia para negarles, como ellos persisten para pedir, fácilmente ceden, se disgustan de sus llantos, y no vuelven á llorar mas. De este modo se les ahorran las lágrimas, y se les acostumbra á no derramarlas, sino cuando el dolor les fuerza á ello.”

„No necesitan los niños para llorar todo un día, sino percibir que no se quiere que lloren. Lo peor es que la obstinacion que contraen, sigue por consecuencia en su mayor edad. La misma causa que los hace llorones á los años, los hace cediçiosos á los doce, á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida.”

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento [contraído en Abate citado] es necesario pre-

caver en el toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben, casi siempre, á la mala educación, pues se condesciende á todas sus fantacias. Lo que se les ha concedido á sus ruegos, se les concede á su importunidad, á sus llantos, y á sus violencias, y aun los dejan vergarse y dar golpes. „Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas y madres imprudentes, animar la porfia de un niño, escitarlo á pegar, dejarse pegar ellas mismas, y reir de sus febles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande.”

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes que no necesitaríamos que nos las acordaran los autores, si atendieramos con necesidad á la

esperiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones; lo contrario: ellos son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cuanto sea inosente y razonable; pero no generalmente en todo, solo por que no lloren y por escúsarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con un grave.

No es menester mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan difícil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus llantos cuan-

do convenga, y para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su manita un alacrán, seguro está que la madre mas indolente se lo diera, aunque llorara hasta no mas, y por qué porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud: ¿pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos como que son siempre nosivos, y bastantes á envenenarles el espíritu, y á acarrearles unas enfermedades morales de su vida?

Por desgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos mal criados insufribles. Las madres; las nodrizas ó chichiguas las ayas ó pil-mamas, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas.

que hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores, apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro.?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros efectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que estan encargados de su educacion y asistencia fueran siempre, como debian ser, gentes de probidad é instruccion que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios; (*) pero sucede lo contrario: quiere el ni-

(*) *Todos los hombres nascemos con pasiones, y éstas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero con el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, seria el grande arte de acostumbrarlos á sofocar la mala semilla del vicio y sus principios.*

ño alguna golosina, sea lo que fuere á qualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre porque acabo de comer, se la dan por que no lllore, y asi lo enseñan á goloso. Ve un juguete en poder de otro niño, lo pide y llora por el, hasta que se lo dan, y así le fomentan la envidia, se tropieza con el perro, se cae y llora; y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpee y así le inspiran la venganza. Lloro otras veces Por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: no, mi alma. no llores: los niños lindos como tú, no lloran; eso se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera; y este es un propio modo para inspirarles soberbia y vanidad, haciendoles formar un alto concepto de si mismos, y enseñandoles á abatir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes aun no se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un

cuarto obscuro, diciendole, que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer, y con tan terrible amenaza se logra que no lllore; pero de pasó se hace púsilanime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

¿Pero para que he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Eslo es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es que mil veces los hijos se educan mal, contra las sanas intenciones de sus padres; ó ya por que no pue-

den encargarse de observarlos todo el dia, ó por que las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entouces tienen los padres que ceder, conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. Felices los casados cuyas voluntades van acordadas en un asunto de tanta gravedad, pero mas felices los hijos, á quienes supo en suerte tener tales padres! Así hablaba el coronel quando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tulitas, como le decian aquella ahijada del coronel, á quien confió el cuidado de Pudencia ha siendo muy tierna. Tenia ya Tulitas como diez seis ó diez y siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre le parece que la estoy mirando; era una señora como de cincuenta años; blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada, de un cuerpo muy bien

proporcionado; y aunque con muchas arrugas y pocos dientes se conocia que no sería despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de india-na con olancito blanco, un rebozo de Sultepec y un pañuelo conque se abrigaba la cabeza. Luego que entró, y pasaron las acostumbradas saluciones, se sentó y dirigiendo la palabra al coronel; le dijo: ¿que habrá V. dicho, compadrito, que cuanto ha que no pareco por acá? pero ya ve V. los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á V. que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia, y con todo eso sabe Dios los trabajos que he pasado; pero ya su Magstad ha querido abrirme camino, y eso es lo que vengo á noticiarle á V. y á mi comadrita. que sé que se han de alegrar de mi bien.

Es verdad que si, dijo el coronel; no sabe V. cuanto me agrada esa noti-

cia, segun mis cortas facultades, siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuenteme V. despacio esa su buena fortuna, haber si puede participar de ella nuestra Tulitas.

— ¡Ay! y como que si ha de participar la pobre muchacha, decia la madre: pues vea V. compadrito, que un señor que se llama don Gervasio es muy caritativo, Dios se lo pague, ha dado en visitarme de pocos dias á ésta parte, y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lastima, y me ha preguntado: ¿que si no tengo nada seguro? ¿que de que me mantengo? y otras cosas; y cuando le he dicho que no tengo sino tal cual costura, y la caridad que V. me suele hacer, se ha compadecido mucho de mi; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña grande acá, se compadeció mucho y me dijo ¡Valgame Dios! ¿que lastima que miserias se ven en este Méjico!

Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arruinada en casa ajena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus que cosas! Pero V. señora, me decias porque tiene á esa niña lejos de su lado? no sabe V. que al ojo del amo engorda el caballo y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que V. no debe de querer á esa pobre criatura.

Si la quiero, Señor, le decia yo: de fuerza la he de querer, si es mi hija, no nació de las yerbas: sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella, sin embargo de que está como en su casa. Entonces me preguntó que donde estaba y como se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que ella se llamaba Talita. y le di sus señas. El señor se alegró mucho al oírme, y me dijo que ya la conocia, que era de mucho mérito, y era una lástima que recibiera de su madre: que si la única causa de esta separación era la pobreza,

que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en que gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara: que contara todos los dias con dos pesos diarios: que buscara una casita de diez ó doce pesos, y una moza para que nos sirviera: por que lo que hace á la ropa, que el tendrá buen cuidado de que no nos falte nada; y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejaba dos onzas de oro para que buscara yo la casa y que en cuanto la hayara, le avisara para que comprara los trastos que me faltaran.

Ya ve V., compadres, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizás Dios le ha tocado el corazon á este caballero, para que nos remedie y así vengo á darle á V. los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Talita en su casa, y ha de llevarla para que me acompañe por que ya tengo yo to-

mada la casa, y está en ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias. Ayer me llevó dos camas muy buenas, y un baulito con dos piezas de bretañas, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tapalós, uno de seda y otro de tra-falgár, y otras muchas cositas, que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave; porque dice que hasta que Tulitas esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de alajas que era de su muger, y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, por que esta ocasión no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja, y luego que acabó, le dijo: en verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcón y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á V. bien y buena obra? Valgate Dios por cari-

dades! Si V. fuera sola, ó si la hija que tiene, fuera fea, yo le apostára mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, quando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea V. cándida, comadre: esa no es caridad, es un anzuelo una red que se tiende para que caiga el inocente pez. Quien sabe si yo juzgaré con temeridad. No conozco al tal señor. Acaso será un hombre muy virtuoso y su corazón estará limpio de malicia; pero dígame V. que les haga lo caridad que quiera á las dos; pero á V. en su casa y á la muchacha en un convento; y en haciendolo así, jure V. que es un hombre de bien y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice, que el no es tonto para tirar su dinero en esas cosas.

que los conventos y colegios no sirven si no para criar flojas y holgazanas, pues no se entra en ellos las muchachas sino por necesidad, y por moda, para que les digan, niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces: que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias, y niñas forzadas, ó que están allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas; las aprenden facilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez, que conservan en sus casas al lado de sus madres; y por ultimo, dice el señor, que es boberia meter en colegio ó convento á una niña, que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja por que ó no tiene vocacion ó no tiene

ñote, que mejor es que se quede en la calle con migo, pues asi se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez, mañana ú otro dia se case con ventaja; lo que sucederá si la metemos en convento; porque santo que no es visto no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve V. compadre, que dice muy bien, por que yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y lícito lo tenia por pecado, y escrupulizaba de ello, y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decia; acusóme, padre, que dije delante de los hombres en reja que me dolian las piérrnas, que tenia un tumor en una nalga, ó una roncha en el ombligo, que son partes del cuerpo, que yo llamaba con unos nombres que aun

en los fandangos hacen reir. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un dia, vispera, por cierto, de la Ascencion, me dijo: ya le he dicho,.... porque mi confesor era muy santo y muy seriote. A nadie hablaba de tú, ni platicaba, si no por mucha fuerza, fuera del confesonario, Ni recibia ningun regalito de sus hijas, ni queria á unas mas que á otras, ni admitia papeletos, ni escribia ningunos ni servia de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni apoyaba virtudes, ni creia revelaciones, estasis ni arrobamientos, (*) ni....Dejese

(*) *La vieja no supo explicarse. El padre, quiso decir, que no creia las visiones del sueño, histérico, vanidad é hipocresia con que quieren engañar al confesor; pero si creería los efectos verdaderos y singulares de la gracia Divina.*

V. de tantos nis, comadre, decia el coronel: que yo no quiero saber la vida de su confesor; aunque por lo que me ha dicho, conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga V. que fué lo que le dijo la vispera de la Ascencion, y acabe su cuento a los que se me olvide lo que yo le he de contestar.

Pues, compadre, decia la vieja: lo que me dijo mi padrecito... ni asi queria que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor, ó mi director. Vea V. que tal era de sério; pero enfín, me dijo: era menester un diccionario particular para confesar á todas necias de conventos como tú, ó una singular inteligencia para comprehender sus fraudes y gatzofreñas. Ya te he dicho que te confieses en castellano y no en esa genigonza que no entiendo, sin más costa de mil preguntas. Tambien te he dicho que te confieses sin rodeos, y sin buscar refrescos.

que ocultar ó disimular tus faltas, por que este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues crees que Dios cuyo lugar ocupas, se engañará con el artificio con que tratas de disminuir tu culpa y te perdonará mas facilmente, ó á lo menos, me quieres engañar para estar bien conceptuada conmigo; lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar de tí, y el que tú debes querer que forme, es el que convenga á tu salud espiritual, y no á fomentar tu vanidad ni tu ignorancia.

Que te importa engañar al confesor, ni que este te tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazón sabe que no eres virtuosa, como aparentas, sino una soberbia que vienes á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarte de tus culpas con corazón contrito y humillado, sino á revolcarte en tu mismo cieno, y á salir

del baño saludable mas manchada de lo que entraste.

Te he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfección: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los tuyos. Te vienes á confesar de que le diste un palo al gato de tu nana (*) y no te confiesas de que se lo diste por vengarte de ella, ni de que te quisiste vengar porque te regañó porque la desobedeciste yendote al patio á platicar con esa moza que te ha enseñado tantas cosas que nunca debías saber, y porque te ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á tu conciencia.

Cuanto trabajo me ha costado sa-

(*) Ya se dijo quienes se llaman nanas en los conventos.

parte todas estas cosas, y haerte confesar las culpas mortales que tú querias ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable, pues tú seguramente, no querias confesar otra cosa sino que le diste un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave, Ya verá V. que tal seria mi confesor.

Era muy bueno, dijo el coronel, pero no sé si me admire mas de la candidéz de V. en confesar sus pecados ó de la memoria que conserva la reprehension de su director pues la sabe como uua relación; por que ese estila se hecha de ver que no es el de V. sino el de su confesor.

Pero, despues de todo, es necesario que V. advierta que ese señor no dice bien en todo lo que le ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos, que seria de desear se corrigiesen; mas en que parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó por moda, ó por ac-

tojo, ó por necesidad ó por fuerza, y no son éstas, seguramente, las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es me nos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas ni holgazanas, sino para ser los plantales de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamnte lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los pulpitos, teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuantas á esta hora, hubieran sido trístes victimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas personas discolás, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones, que no dejaran de parecer ridiculas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tapalo, ni el pelo abierto y caido sobre la frente, como lo usan todas las juvenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aqui tenemos una preocupacion no solo extravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada difícil es probar lo ridiculo de esta prohibicion, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el dia un uso muy comun, y tan honesto en si, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razon; por que el túnico ni la basquiña, el tapalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola muger

virtuosa ó prostituida, y aqui se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora, se debia advertir, por las enemigas de los tunicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designio de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas, muchas, por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprendan lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que estén los que las mandan.

No es cosa bien estrana que se les prohiba á todas estas su propio traje? Y por último, si el túnico, si el tapalo, si el pelo así ó asado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retrahentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Dirémos q

en éstos son las preladas mas laxas ó menos preocupadas.

Los perjuicios que acarrea esta preocupacion contra los tunicos, no son ni raros ni remotos. ni Hay muchas pobres que desean recogerse en un convento: acaso hallan este ó el otro bien hechor que les ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente, y que sucede? que no entran y pierden esa coyuntura, y tal vez se estravian en la calle, por que no tubieron ó valor para dejar el trage, conque las criaron, ó proporciones para variarlo; y he aqui, un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos trages que usan las señoras en la calle, seria un temerario; por que esta permission general abriria la puerta al lujo y á la profanidad, opuestos á la moderacion y modestia que debe sobresalir en

tales casas; pero, lejos de tal necesidad, solo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras, segun se visten fuera de ellas las juvenes honestas y timoratas, pues de este modo sin ofensa de la virtud, se corregia esta preocupacion, que mil veces he oido apellidar ignorancia y ridiculéz.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades que si no son tan públicas como el que acabamos de refutar, no son menos frecuentes ni perjudiciales. Las predilecciones que las nanas (*) tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades intimas de nnas niñas con otras: las confianzas mútuas entre unas, y la indiferencia con otras; la estimacion y aun distinciones que gozan las picas sobre las pobres: [†]

(*) Así llaman las niñas á las monjas á cuyo cargo estan.

[†] Esto se ve y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija

la ecepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun de milagros apócrifos é imaginarios (*) y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrupulos nécios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y aun tanto mas detestables quanto que se provocan y ejersitan entre muchas personas, que tienen que vivir juntas, y fiscalisarse muy de este defecto donde lo haya.

(O) Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen mas daño del que parece. Se refiere con sencillez que la madre Pulana difunta era una santa: que hacia tal y tal penitencia: que hizo tal y tal milagro &c., y sin otra confirmacion sino una vulgar, aunque piadosa tradicion, se cree todo. Se encomiendan á la dicha manja, y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada como creer mucha.

cerca. Si el santo rey David decia, que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlasados por la caridad como si fueran todos uno solo yo digo, y cualquiera dirá, que es malisimo y mas que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. Y de que frase nos valdriamos para ponderar la malicia y la gravedad de la culpa de aquellas que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superiores, que se hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente y llegan hasta anegarse las comunes salutaciones, ó lo que dicen quitarse la habla? Apenas se pudiera creer, si no se viera, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del odio y la venganza que llegará hasta á tener por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. Toman estos infelices, toman la ira de Dios

en el último día de los siglos. El mismo dice en las sagradas letras. *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamás sus pecados. El hombre se encona contra otro hombre y conserva contra él su enojo; y así se atreve á pedir á Dios misericordia? El no la tiene con sus semejantes, y así pide que se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novisimos, y déjate de enemistades. (*)* Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengatibo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

¿Pero, acaso porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten extravagantes, ridículas y viciosas. Habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echarémos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? (*) *Eccles. cap. 28.*

Querremos que las comunidades de las mugeres sean perfectas y limpias de todo individuo discolo y quizás extraviado, cuando no hay una corporacion esenta de esta plaga? ¿Olvidarémos que la congregacion de Jesu Cristo se compuso de solos doce individuos, escogidos por la suma Sabiduría; y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel, y un Judas pérfido, traydor y criminal hasta el extremo? Pero que mucho! La primera asociacion que hubo en el mundo fué de dos individuos, Adán y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre, acaso no hubiera prevocado si la muger primera no lo hubiera seducido; y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas encaustradas sean impecables. Así sería de desear, pero esto no es dado sino á los habitantes del Parayso celestial, que

están confirmados en gracia. Mas por último señora comadre: lo que no tiene duda es que cuando ese don Gervasio su nuevo protector repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de san Pablo, ni el de algún otro apóstol ó santo Padre; sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me esplico; pero si V. no lo entiende, sepase que no la quiere encerrada, por que no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion ácia la muchacha, y disuade á V. de que la asegure en un colegio, no por virtud, ni por amor que la tiene; sino por que en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, la que no hallara tan franca en un convento. ¡Mal ditas sean esas caridades! Oiga V. una fabulita que hize años pasados al asunto, quizá porque está en verso la recordará V. en la memoria y servirá de

provecho á la madre y á la hija. El apólogo trata de un lobo y un cordero, y dice así:

¡Ay, infeliz de ti! me compadecees tan joven y metido entre esos palos, que ni te dejan ver el mundo alegre, ni gozar de las yerbas y los pastos. Ven: sal por la rendija que te ofrece la estaca que aqui falta. Yo no paso á libertarte, amigo, porque tengo un gran cuerpo, no quepó, estoy pesado; pero tú, que eres chico, sal ó brinca, y ya verás que vida nos pasamos. Te llevaré á comer la dulce grama, te pasearé por todos los sembrados. El tomillo y el maíz, alfalfa y trigo te prevendrán un delicioso plato. Un lobo malicioso y lleno de hambre así le hablaba á un corderillo incauto. El tonto lo creyó: salió, y al punto el compasivo lo hizo mil pedazos. ¡Oh, cuantas jóvencillas infelices víctimas son de un seductor tirano,

TOMO. II. 19,

por creer, como el cordero incautamente su fingida promesa y falso alhago!

¿Que tal comadre? ¿Le gusta á V. la fabulita? pues aprovechese de ella en beneficio de Tulitas. En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo, no está desnuda, y si no la tiene V. á su lado, vive segura de que esta en una casa de honor.

Conque vea V. lo que hace y no la esponga á ser víctima de un lobo seductor: no sea que despues tenga V. y ella que llorar su ligereza y falta de consorcio.

¡Ay! no compadre, decia la vieja; V. piensa muy temerariamente del señor don Gervasio. Sobre que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo, y despues de todo, ya es señor grande y no se ha de meter en esas cosas.

Vaya, comadre, decia el coronel, ó V. es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan rezador,

tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á V. porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea V. ignorante: él quiere que le venda V. á su hija: satisfacer su apetito á costa de cuatro pesos y despues abandonar á las dos.

Deseche V. sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, conformese con su suerte, sirva á Dios en su estado y viva segura de que no le faltará que comer por que primero le faltará el sol, que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante V. señora, ni arrogue las cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, por que yo no lo digo, sino el mismo Señor que no puede engañarse ni engañarnos por que es infalible en sus promesas. ¡Atiende!

da V. sus palabras: *no padecen pobreza los que temen á Dios. Los ricos se vieron necesitados y con hambre; pero á los que buscan al Señor, no les faltará todo bien.* (*)

¿Quiere V. mayor seguridad que la palabra del Todopoderoso? No es V. la primera madre que espone á sus hijas á la mas vergonzosa prostitucion, queriendo escudarse con la pobreza que padecen; mas V. y cualquiera que lo haga cargan con una terrible responsabilidad ante el tribunal supremo, y no tendrán allí la mas mínima disculpa que les valga; porque estas prostituciones no se efectuan por la pobreza; no: es mentira. A nadie le falta que comer ni lo preciso, trabajando con honra en lo que pueda, y obrando segun el designio de su Criador. Este jamás

(*) *Non est inopia timentibus eum. Divites eguerunt et esurierunt; inquirentes autem Dominum, non minuentur omni bono. Psalm. 33. V. 10.*

falta á sus criaturas. Al pajarillo previno el alimento en lo elevado del arbol, al pez en lo profundo del mar, y á la despreciable lombriz en el sentro de la tierra. Vea V. y como le faltará al hombre criado á su imagen, y que es mejor que los pajaros y los peces.

El ningun temor de Dios y la poca ó ninguna confianza que se tiene en su alta Providencia, abren la puerta á las innumerables miserias de que se ven perseguidos los mortales. ¡Cuantas madres y niñas virtuosas conocemos que subsisten sin tocar el extremo de la indigencia, y contando con menos arbitrios que V. y Tulitas! y cuantas que se han atenido á los criminales auspicios de los hombres, vivieron alegres cuatro dias, y casi subieron á la cumbre de la felicidad temporal, para ser precipitadas en su edad abanzada hasta el horrible abismo del deshonor y la miseria. V. y yo conocemos muchas de una y otra clase, y

nos sería fácil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea V. boba: conozca el mundo: conozca á los hombres: no fie de sus promesas: cuídese á sí misma y deje á su hija en mi poder, que esto les importa y nada mas.

Cuando yo esperaba que la buena vieja agradeciera los saludables consejos del coronel y el interés que tomaba por la felicidad de Tullitas, se levantó de la silla y con un ayre de enfado dijo: V. dice muy bien, compadrez pero yo he venido resuelta à llevar á mi hija; porque lo que no le doy, no se lo debo quitar ni he de echar esta fortuna á puerta ajena. A mas de que quien la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado; y con todo eso, muy bien se que va segura; porque el señor don Gervasio Protasio es muy hombre de bien y muy cristiano, y muy caritativo, y muy

liberal, y muy honrado, y muy todo; y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita: ya sabe bien donde le aprieta el zapato, y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma en su palma, y Cristo con todos; y así compadre, yo le agradezco á V. mucho, y à mi comadrita los dias que la ha tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciendole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenía á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á doña Matilde, y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una

palabra porque el llanto no se lo permitía, se salió de aquella casa que justamente veía como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos, el coronel que preveía sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrarase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde recibía, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO V.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

AL fin de los cinco años de mi ausencia me regresé, á esta capital; y lue-

go que llegue á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que á el efecto me dirigí á la casa de don Dionicio Langaruto, quien con su esposa doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño; me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras de donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo habia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiendose enfermado doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la Tlaspapa, á que mudase temperamento, y que cuando se

restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda por ser mas comoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver a mi apreciable don Rodrigo.

Cuando entre, estaba doña Matilde tocando en su clave, y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viage y de las tierras que habia visto, á lo que yo contesté con

mas prudencia que en casa de doña Eufrosina, y procuré, cuanto pude, economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprenderme cuando yo estubiera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos dos señores cuando supieron que habia fallecido mi padre. Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel; porque tu padre fue mi amigo verdadero, lo traté mucho, analizé su caracter y siempre lo advertí virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo y hombre de bien a toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, sera perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pue-

bio llorarán su falta y acompañarán con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religión y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria; pues por el fruto se conoce el árbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y después de haber ablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita, ¿quieres verla? Si deseo verla, le respondí; pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasión. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza; y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto y la hallamos muy divertida bordando un pañue-

lo. Luego que me vió, se levantó y me hizo aquel buen recibimiento que yo debía esperar de su cariño y bien dirigida educacion.

Muy diferente fue el tratamiento que recibí de Pomposa que estaba allí de visita, pues embelesada en componerse un rizo, se miraba al espejo con tal atención que no la tuvo para saludarme, hasta que doña Matilde la llamó de su estasis diciendola: mira, niña, quien está aquí. ¿Que ya no lo conoces? Habla-le. Entonces Pomposita volvió la cara me reconoció un breve rato, y con un ayre de proteccion solo me dijo: *beso á V. la mano.*

Yo no puedo menos que sorprendermé al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciendole: estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea V. que caraco-

les me hizo tan feos: parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos: estos de aqui mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion ni simetria, y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! ¡que no me lo advirtiera mi mamá! ¡Que habran dicho de mi las gentes! El coronel se sonrió y la dijo: pues acaba tu obra y vamos á comer que ya es hora. Con esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquín, dijo el coronel. Es verdad: se me habia olvidado, dijo Pudenciana: ya sé componer relojes. ¿Componer relojes! repeti yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es propio de los hombres, y por lo mis-

mo en V. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensan que en la almohadilla se ensierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean escluidas del conocimiento de las artes y oficios, en que se ejercitan los hombres. De aquellos artes digo, que no requieren fuerzas físicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas extraño esta esclucion, cuando considero que las mugeres son infatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verias ensartar guardando dibujo y proporcion, millares de

cuenteceillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tiene las de las mugeres; porque ningunas hay mas mal pagadas. Y esto de que proviene, sino de que la aguja, el dedal, y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es: todas las que son mugeres. Para una canisa hay docientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones de curiosas. (*) Por esta razon, las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el estremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres,

(*) Tales son las Viscaynas, Belén, la Enseñanzá, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.

que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga mas arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio; á no ser que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seduccion que las ofrese mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesár, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia.

Para precaver estas fatales consecuencias, seria de decear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen á sus hijas algun arte ú ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo enbarazo para que las mugeres pobres segun su inclinacion se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, reloje-
ras, pintoras, y aun impresoras. (*) Cualquier oficio de estos, seguramente les proporcionaria mas ventajas en los tiempos críticos de la necesidad, que no las costuras mas trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mugeres á la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fae-
ra una eregia social. Cada miembro del

(*) Cuantas objeciones generales se pueden oponer á este dictamen son tan debiles, que se destruyen con un soplo. Quitense del mundo las preocupaciones y serán mas felices los mortales.

estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos, a que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger, rica ó pobre, que ignore á lo menos como se sazona un puchero, como se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el orden económico y aseado en una casa.

Por tanto toda muger, desde su niñez debe instruirse en estos pormenores, solamente por que es muger; aunque sea rica, por que no sabe si llegará á pobre; pero las que no tengan facultades; despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcinar, ensartar chaquira, y hacer floritas de seda ó de papel. Ya hablo.

equi comió en mi casa y como padre de mi hija, cada uno en la suya hará lo que le diete su prudencia ó su gusto.

A éste tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien pñestos como si se los hubiera medido á compás y con la mas esacta geometria.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida, se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños, que cesistieron poco en el mundo, por que las chichiguas y pilmamas les dieron protamente sus pasaportes para el cielo. Doña Matilde no tuvo mas que á Pudenciana y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto segun el coronel temia.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y de satisfaccion, que yo no cesaba de admirar y no tanto por su vanidad cuanto por su estilo ampolludo y pedantezo.

Finalmente, se concluyó la comida, las dos niñas se fueron á divertir con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entonces me dijo el coronel como se habia separado de la casa de su cuñada, por escusar un rompimiento á causa de las frecuentes disputas que se ofrecian, por no ser las dos familias de igual modo de pensar. Yo quiero mucho á Pomposa y á sus padres, añadia el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacian contrapeso para la educacion de mi hija, era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que la daba. Ya tú conoces mi caracter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya veras que bien me pareceria que quisieran hacer á Pudenciana andariega, ociosa bayladora, vana, presumida y altiva; pues todo esto y algo mas seria al lado de su buena primita; por que las malas costumbres se contraen muy facilmente, y mas cuando

hay ejemplos que las insinuen, y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas, pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho, y quererla persuadir una verdad que no le acomoda, es lo mismo que querer ablandar una vigornia con la mano.

Reflexionando seriamente en las fatales consecuencias que podia acarrear nos su tan inmediata compañía, la he separado, pretestando primero la enfermedad de Matilde, y despues la comodidad que me proporciona esta casa; y de este modo hemos salido en paz; aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos, y por otra los vinculos de la sangre estrechan nuestra amistad. lo que se ha logrado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar estas del todo, que es lo que yo deseaba. Todos los domingos vie-

ne Pomposita ó envian por Pudenciana, y no hay paseo ni frasca, á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridículo y misántropo.

Apoyé como era justo, el discurso del coronel, y por saber que juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: entre las nulidades que V. ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo menos, así me parece, despues que en la mesa la oí esplicarse en algunas materias con términos tecnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que esta bastante instruida.

Debia estarlo, contestó el coronel; por que tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y vagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera

perduradle. Los hombres de juicio la com-
padecen al tiempo que los tontos la cele-
bran.

Toda la causa de la ignorancia y pe-
danteria de Pomposa ha sido la indolencia
y falta de precaucion de su padre. Al prin-
cipio no cuidó de que se instruyera, y des-
pues la permitió leer indistintamente los
libros que el habia comprado para adornar
su gabinete. Con esto la muchacha ha pi-
cado de todos y de cada uno sin el menor
discernimiento y se ha llenado de multi-
titud de ideas eterogeneas ó diferentes
entre sí. las que saca á la plaza cuan-
do quiere, y como carece del verdade-
ro conocimiento de las materias que tra-
ta, al mismo tiempo que de la legíti-
ma significacion de los términos con que se
expresa, las mas veces habla unos desa-
tinos tremendos; y en verdad que es una
lástima pue no haya aprovechado sus luces,
pues cuando raciocina con juicio se cono-
ce que no es tonta y que ha leído algo.

Y aun eso es una maravilla, dije
yo; porque siempre he oido decir que
la muger mas habil no pasa de tonta...
V. dispense, señora doña Matildita, que
yo no digo lo que siento, sino lo que
he oido decir, y esto por que el señor
coronel me diga si aciertan ó no los que
se profieren de ese modo.

Seguramente no, dijo don Rodri-
go, y tú me has oido decir varias ve-
ces que las mugeres pueden saber tan-
to como los hombres mas instruidos. Es-
to se prueba por la causa y por el efec-
to. Por la causa, porque siendo la alma
el receptáculo de la sabiduría, y no care-
ciendo las mugeres de alma, se sigue que
tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposicion sea en
unas mayor ó menor que en otras, que
las mas no la cultiven, no prueba que
a tengan, ni que no la puedan ocupar
en cosas útiles. Ya adviertes que ha-
blo del entendimiento. A los hombres

sucede lo mismo. Entre ellos, unos tienen más talento que otros, y unos mejor que otros lo emplean.

La educación bien ó mal dirigida en ellos, y la clase de vida á que nacen sujetos hace que unos tengan entendimientos ilustrados, y otros vulgares ó incultos; pero así como fuera necesidad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino; así lo es persuadirse á que toda muger es tonta solamente por que es muger, pues la que tenga una regular capacidad y aplicación, podrá aprender lo que la enseñaren y hacerse sabia, como se han hecho innumerables, cuyos ejemplares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podía escribir de las mugeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo XIII comenzó á brillar el século en la carrera de las ciencias.

La primera muger que se nota, dice Mr. Tomás en su *pintura de las mugeres*, es la hija de un caballero Bolonés, que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veinte y tres años habia ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oracion fúnebre en latin; sin que hubiese menester para ser admirada ni las gracias de su juventud, ni de los demas echizos de su seso. A los veinte y seis recibió el grado de doctor, y leyó públicamente en su casa la instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una catedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y euando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV.

Por los años de 72 y 73 del siglo pasado desempeñó una muger una cátedra de física en Bolonia.

En el siglo XVI se distinguieron en Venecia dos célebres mugeres: la una (Modesta di Pozzo di Zorzi) compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas eglogas que fueron representadas en los teatros. La otra (Casandra Fidele) una de las mugeres mas sabias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sabia en la filosofía de su siglo y demas precedentes; cultivó la teología, defendió conclusiones, enseñó públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho mas sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le granjearon el aplauso de los sumos Pontífices y el homenaje de los Reyes.

En Milan hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos.

En Nápoles, la llamada Sarrochia que compuso un famoso poema, y fué en su vida comparada con el Taso.

En España lució una Isabel de Fo-ya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió muchos judios con su elocuencia, y comentó con aplauso á Juan Scoto en presencia de Papas y Cardenales.

Hubo tambien en España una Isabela de Cordova que supo el latin, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su hermosura, reputacion y riquezas, recibió el grado de doctor, y despues el de teólogo.

Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesias.

Aloisia Sigea de Toledo, mas célebre que las tres antecedentes, además del latín y griego, supo el hebreo, el arábigo y siriaco; escribió una carta en estas cinco lenguas al Papa Paulo III, y fué despues llamada á la corte de Portugal: allí compuso muchas obras y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oír hablar de semejantes mugeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Basta saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias, y en todos los pueblos cultos, á proporcion que ha reynado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno Italia, España, Francia, Inglaterra y la Europa toda ha sido teatro en que han lucido los talentos elevados de las mugeres. Aun hoy vive en España la señora de

ña Maria Rosa Galvez, famosa poetisa como lo acreditan sus obras y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido pruebas de esta verdad, y si no fuera por no singularizar, yo nombraria algunas que Méjico conoce.

Todo lo que manifiesta que las mugeres sabrán á proporcion de sus talentos y del cultivo que les dieren sin que sea su sesco un estorbo para aprender, ni menos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen exentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. La niña lee mal, escribe peor, no conoce un número, ignora los

fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia, no importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotiza, ni jurista, ni médica &c &c, y asi nada se pierde con que no sepan hablar.

Asi se esplican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos y hacen á sus hijas un agravio; pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *mi hija es muger, pues mas que sea una béstia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñarles á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasia de necedades, y en

que aprendan lo que jamás debían saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de genio vivo, se les persuado que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se les significa que son sábias, y en una palabra si baylan, si cantan, si tocan ó tienen alguna minima habilidad, se la encarecen con los mas lisonjeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿que hay que extrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y sobervio? ¿pueden ser mas quando no se les enseña otra cosa? y culparémos al seso de ignorante y sutil, ó á los padres que lo educan entre las vagatelas ó ignorancia?

Los ejemplos de estas mugeres ilustradas.
TOMO. II. 23.

176
tres que he citado, prueban hasta la evidencia que el secso es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios sérios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto sería pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sabias y varoniles, no son comunes; pero se citan para demostrar que el secso no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mugeres raras (*) son más para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos en persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han ha-

(*) Raras, en comparacion de todo el secso; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.

177
cido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sabias en su clase, y utilisimas á la sociedad; ¿pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente....? A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo sexto.

CAPITULO VI.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

ENTRO Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitandose su disforme sombrero, saludó á los señores en estos términos: ave María, se-

nores años; ¿como les va? ¿como les ido? ¿como está su prenda? No hay novedad, Pascual; dijo el coronel: ¿que ocurrencia te trae á la ciudad? =

¿Que me ha de traer, señor amo, si no un asunto de muy gravissima importancia? y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás mi hijo el grande ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios con Marañón la hija de tio Benino el marido que fué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió don Celidoño á don Andres el cojo por la malobra que le hizo á su hija Petrona el mayordomo Juan Blas cuando hubo aquellas heridas por el amigo de.....

Buena está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento y dejate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quis-

re casar con esa hija del tio Benigno. Ya esto queda entendido: ¿cual es el empeño que traes? = El empeño es que yo como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma y me he de morir como todos se mueren, y sé la dotrina de cuerito á cuerito, y sé que el catasismo dice: darles estado no contrario á su voluntad, no me quero disponer al gusto del muchacho; y ansina lo dejo que haga lo que quijiere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denorabuena; yo no se lo empido; á bien que ya es grande, y mi compadre el mestero escuelero dice que no es tonto, sino muy ladino y muy destruido; porque á lo menos el diantre del muchacho sabe mas que no yo; porque sabe ler y echa unos retos en las loas sin turbarse; porque es muy memorista, y lotro dia hizo un diablo en una pastorela que la gente se quedó con la boca abierta, y yo tuve

miedo de que no le hicieran daño... =
 Como yo te lo voy teniendo á ti,
 pues segun lo impertinente y cansado
 que estás, creo que no acabas tu rela-
 cion en ocho dias. = Perdone su mer-
 cé, señor amo, que yo no estoy cansa-
 do. Quedara yo bien de cansarme de
 Tacubaya acá que no está mas que un
 paso. Pero el cuento es que Culás se
 quiere poner en gracia de Dios, y yo
 quero que su mercé y mi ama, sean los
 padrinos, porque solo asi será todo
 bueno. =

Si así te hubieras explicado desde
 el principio, se habrian ahorrado tantos
 episodios importunos. Está muy bien: se-
 rémos tus padrinos con mucho gusto;
 pero dime ¿cuales son las circunstancias
 de la novia? — Ella no es fea ni muy
 honita, respondió Pasenal: es pasadecita:
 tendrá diez y ocho años y muy trabaja-
 jadora, y es para quanto su mercé la
 busque. Si es para la cocina, case con

tortillas que parecen un papel de blan-
 cas y delgadas, y si sus mercedes co-
 mieran de sus manos unos chiles relleno-
 nos, un mole de guajolote, una chafay-
 na y otros guisados como estos, hasta
 se chuparan los dedos. Si es por lo que
 hace á cuidar un hombre es un re-
 guilete, porque sabe coser, lavar, y
 tejer unos ataderos y señidores que es
 un primor: y ¿que le diré á su mercé
 de cuidar las cosas de la casa, y del
 campo y los animales? ¡O! pareso es una
 lumbré el diantre de la muchacha; por-
 que ella sabe donde dan quince y el
 sope y volverse con el medio; porque
 sabe quando está culeca la gallina, quan-
 do se ha da echar, cual es el cochino
 sebon, cual el de media seba, que
 vaca está jorra y cual no, y hasta pa-
 ra sembrar conoce el tiempo, y si su
 mercé la viera coger la garrocha y la
 yunta y sacar veinte sulcos derechos,
 era mano de que la rehentara. En fin,

por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco; y yo le digo á Culás que no la topará mas mejor aunque la busque con un cirio pasqual. A fé que no son ansina las señoritas de la ciudá, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo quieren que se los pongan en las manos; y bueno juera que se contentaran con no saber buscar la torta; lo mas peor es que saben tirar cuanto busca y alquiere el pobre hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas. Para guisar una olla y un principio, quieren cosinera; para remendar sus trapos, quieren costurera: para lavar su ropa, quieren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, quieren recamarrera: para hacer los mandados, mandadero: para dar el gasto, ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero, y para cada cosa un criado; de manera que yo, me espanto de ver co-

no su merecé y mi ama doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de que les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan alquilar chichis como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su merecé del cuento de los perritos. Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bayles, paseos y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno. ¡Ah fucha en semejantes mugeres! ¡que gusto que mi hijo Culás se va á casar con una probe ranchera, y no con una señorita de ciudá. Ya se vé que yó quando lo hubiera consentido; aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descaizos? ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de ciudá!

Y gracias mil á la eterna Magestado.
TOMO. II.

tad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexion juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú, no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidandose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos no escusan á sus pobres maridos mil disgustos, y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de

la murmuracion de los conocidos, y dejan por último, á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazaneria y la miseria. Este es el fruto ordinario de la inmoderacion y desperdicio.

Pero cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo, y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comun de las demás, y mucho menos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demás de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el orden, el que se invierte ó por un exceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga. El coche, por ejemplo, será necesario á una se-

flora de título, muger de un togado &c., será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuvieramos en nuestra esfera, tendríamos menos necesidades y aflicciones.

Ya se ve que no por que digo que las señoras principales hacen bien en manejarse segun su clase, se ha de entender que harán mal cuando por modestia ó otro motivo de virtud, cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas y despedir quantos criados han considerado excusables, sustituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan en quanto pueden la indiferencia conque ven el relumbron del mundo y se manjean con una sencillez admirable.

¿Pero que diremos de aquellas señoras ricas, que han tenido el heroismo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decia, no pudo sufrir mas; y asi á este tiempo, que le pareció oportuno le dijo: pos señor amo, ya me voy. A bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás, y agora solo quero que su mercé me preste veinte y cinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le

previno que volviese á avisar la vispera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejandonos harto que reir con sus simplezas.

Apenas habia salido el rancharo, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mi no se me habia olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oirlo hablar, le supliqué acabase de decir que cosas debian saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

Don Rodrigo condescendió con mi gusto y nos dijo: no es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, por que tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

Es indispensable (dice un autor respetable*)) que una niña de estas aprenda

(*) El ilustrisimo señor don Francisco de

da á leer y y escribir correctamente. Es una vergüenza, pero cosa muy comun, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen; ellas ó se paran en donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En orden á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando menos, á hacer las lineas derechas y á formar los caracteres limpios y legibles."

„Tambien es necesario que las niñas sepan la gramatica de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramaticos aprenden la lengua latina; sino que se les acostumbre sin ayre de leccion, á no tomar un tiempo por Salignac de la Motte Fenelon arzobispo de Cambray, en su librito titulado: *Educacion de las hijas*.

ótro, á servirse de términos propios, y puros, á explicar sus pensamientos con órden, con limpieza y de un modo corto y preciso: por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algún día á sus hijas á hablar bien sin ningún estudio. Se sabe que en la antigua Roma la madre del Gracco contribuyó mucho con su educación á formar la grande elocuencia de sus hijos. “

„La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la exactitud, y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que este bien gobernada sin ella.”

„No será fuera de propósito que

tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo: que sepan la diferencia que hay entre un *testamento* y una *donacion*: que cosa sea *contrato*, *substitucion*, *division de herencia*, las principales reglas del derecho y costumbres de su país. que son necesarios para hacer dichos actos validos. Deberian asi mismo saber que cosa sea *propio*, *comunidad*, *bienes muebles*, é *inmuebles*, y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No solo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse, y para no ser engañadas.

„Si ha de ser casada, densele reglas para la economia doméstica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia, y finalmente, enséñesele el modo

de gobernar bien todas aquellas cosas, que segun las apariencias ha de manejar”

Todo esto y mas, quiere el señor Felonon que sepan las hijas que han de ser madres. y aunque todo es útil y necesario, ya nos contentariamos con menos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiera, asistir en su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada, tal vez, en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entonces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas mientras duran suplenn la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan, se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en, cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que naciendo con él, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes, que dirigie-

ran bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas; pero jamás pisa los umbrales de la miseria; antes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inutil, vano y perezoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¿Cuantos ricos hay que no saben no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingües capitales. Ricos he conocido que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las entenderá el boticario mas habil, y ricos que no saben echar un punto en una media ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero que se puede esperar de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazaueria y la ignorancia? ¿Fehess

son sin duda aquellos niños, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastandolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el mas ingrato revés de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, paró en coche en la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcon, y entró luego luego diciendo: mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labin. ¿Que Labin es ese? preguntó el coronel, y la niña respondió: don Enrique Labin, tio; el mayor de Ungria. = ¡O! bien. Yo pensé que era algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: hermano, no perdamos tiempo. Jacobita tiene un bayle esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere

que V. le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que V. no la desayrará, con que asi: vistete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señora Jacobita por su espresion, y entrandose las señoras á la recamara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversacion.

El señor Labin era antiguo amigo del coronel, y tenia buen talento, bastante madurez y mucha gracia: con esto facil es inferir que confrontaba con don Rodrigo y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el señor Labin, quien dijo al coronel: ¿que le parece á V. compañero? ¿no se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? Vaya, que V. no me juzgaba tan adelantado. En

verdad que no, respondió el coronel: cada dia hay nuevas cosas que observar, pero ya se vé que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres, fueran tan honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seducción. Yo apostaré á que estaba V. de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el bayle, y ella le suplicó á V. que las acompañara á casa. Así fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines como son alegres sus principios. — ¿Y por qué? — Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya V. verá, compañero, que resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un hombre muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la las-

civia, se entregan á sus placeres á rienda suelta, debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger ó por su constitucion mas debil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla con que tiene por muger una vieja achacosa. Entonces abren los ojos, y se arrepienten de verse atado á una estantigua que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á esta un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad, siempre los reprobaré. Y con razon, dijo el coronel; porque los efectos que V. ha dicho, son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el dia

en semejantes matrimonios. Aristoteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince harán un enlace proporeionado en razon de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecera vieja; Bien que aquellos que no son llamados para el celibato, y cuya contingencia corra peligro en tal estado, deven casarse muy jóvenes, conforme el consejo del Apostol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado doña Matilde prevenido todo lo necesario y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron pora la de doña Jacobita donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anochecer cuando llegaron ó llegamos, que yo tambien go-

zè de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada, y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquéllos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas frascas solo por comer de valde. Los ojos se les hiaban á las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y asi se contentaban los mas golosos con lamerse los vigotes como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á éstos hambrientos, se hace preciso decir como todos los de la casa de doña Jacobita y los deudos del novio cumplimentaron á porfia á las señoras doña Matilde, doña Eufrosina y sus niñas. Estas en la edad de trece años tenian unos cuerpos muy gallardos, y á mas de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego

las atenciones de todos los peñimetros de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita; ya por que sus padres no se espantaban de sus obsequios, y ya porque ella era mas bonita y mas familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religion, y como si aquel acto fuera un mal paso, trataron los padrinos darle prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo, que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Allí competia la profusion con la cu-

siosidad. Habia dos mesas: una surtida de todo genero de dulces y helados, y otra de masas de viscocho, buen queso, jamones en vino, aceytunas y cuapito podia provocar el apetito de los esquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturinas ofrecian la mas agradable perspectiva. Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demás golesinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotoneria mas decidida. Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: no hay duda sino que en una concurrencia de estas cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque vi que los hombres que los habian tenido finos, solo se ocupaban en

servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, desperdazar sin orden, y embaular desafortadamente. Muchos haciendose corrientes, no solo comian ó devoraban cuanto podian, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo mas esquisito, sin perdonar las botellitas de licores. Yo creí que alguno se habria guardado una fuente de plata si se la hubiera podido acomodar en el bolsón de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala y se comenzó el baile que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras, cuadrillas, y abalsado, pero los moeitas, cansados de ver estas piezas, comenzaron á bailar wals y contradanzas. Entonces todo se volvió bulla y alegría en los dos secós.

En breve pasaron revista y manotéo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el baylar; aunque seria por todo seguramente. Tuyo la gloria de cansar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos; que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bayladora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber ni ocupó el asiento en valde, porque con permiso de sus padres bayló dos versos de boleras diestramente. Querian los curiosos provarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se escusó con que no sabia, y todos se quedaron deseando verla baylar este son favorito del dia; sin embargo del esfuerzo que hacia por su parte su tia doña Eufresina y el cándido de don Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenáz resistencia.

Se continuó baylando, y como á las once de la noche, fatigados de valsar y contradanzar, comenzaron á baylar sonecitos del país; pero luego que baylaron uno que llaman *el dormido*, se levantó el coronel y se despidió con su familia, prestando enfermedad y muchas ocupaciones al día siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano; el se retiró; y á otro día fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habían tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó fue la que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenía de su cuñado y la satisfacción que éste le dió.

Almorzando estábamos cuando doña Eufrosina entró con su marido; muy cuidadosa,

si parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato, no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: muy bien conoci, hermano, que V. anoche no tenía otra enfermedad que su maldito genio hipocondríaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es V. fatal! me hizo V. desesperar y me desayró como acostumbra, no consintiendo que baylara Pudenciana un valsecito, y esto, solo por que era empeño mio y se habían interesado al efecto aquellos caballeritos. Si, por eso fué, por eso; por que decir que no sabe baylar vals Pudenciana, es negar la luz del día; y á mas de eso, que semejante muela se les podia encajar á los demás; pero no á mi que estoy causada de verla baylar con Pomposita; pero ya se vé que V. lo hará por que se erie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia; por que yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una

groseria que una muger no sepa baylar cuanto se usa, ni que por ser zonsa desayre á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mi, hermano, ya me guardaré de suplicarle á V. nada en una publicidad. pues ya tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel: V. no debe sentirse por que no baylara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan los demas. Cada uno es dueño de su casa, y padre de sus hijos, y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

Vaya, vaya: eso es tirar la piedra y esconder la mano decia doña Eufrosi-

na á V. no le acomodan los bayles, por que ya es viejo... si, por eso, y no quisiera que ninguno baylara: pues ya he oido decir que los bayles son buenos y en todo el mundo se bayla, y yo y Pomposa hemos de baylar sobre el diablo. Quedabamos bien con meternos á recoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad; y cuando yo no pueda baylar por vieja, no he de embarazar que bayle la muchacha; que eso fuera ser como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frailes y monjas baylan de cuando en cuando, vea V. porque no hemos de baylar nosotros que estamos en el mundo y todavia se nos menea un pie!

Dice V. muy bien, hermana, prosiguió el coronel: pero no ha dicho sino lo que yo, esto es: que todos piensan con su cabeza y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea V. que aborrezco
TOMO. II.

ada clase de bayles por mi humor tetrico ni por mi edad madura: mas viejo que yo era Sócrates cuando comenzó a tomar las primeras lecciones de bayle, y no percibí nada de su filosofía por esta afición.

No ignoro que el origen del bayle casi se pierde en su misma antigüedad, y esta diversion ha sido universal en todo el mundo: aun entre las naciones barbaras, y ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas, y en las ceremonias festivas de la paz, y hasta en los horrores mismos de la guerra.

Por tanto, pretender desterrar una diversion tan generalmente recibida sería un absurdo antisocial, porque el bayle es indiferente, y solo malo ó bueno segun el uso que del se haga, y conforme al espíritu con que se bayle. Santo fué el baile de David delante de la Arca, y permitido el de los Israelitas al rededor del becerro; pero pecunioso fué el espíritu de estos bayladores!

Baylar por alegría, baylar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen baylar; no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos, y timoratos han autorizado esta diversion no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bayles suntuosissimos. Tales fueron los que dió Catalina de Medicis a los reyes de España, el memorable que dieron los padres del concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II. año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milan, rompiendo el mismo Monarca, y dansando ne él los cardenales de san Severino, y de Varbona.

Estos bayles y todos los que sean arreglados son loables, y pueden frecuentarse sin riesgo, pero no son todos así seguramente. Yo asistí y llevare a mi hija á los que me parecen tales, acordandome que el sabio Blanchard dice: „ que en quanto á saber baylar es un ornamento que es bueno procurarse; porque seria lle-

var el rigorismo muy lejos, impedir absolutamente el bayle á las personas de mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él." Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion sé que no debo llevarla á ciertos bayles que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoséo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que V. y los demás hagan lo que quisieren.

Calló el coronel, y doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprehension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos dias encontré á Tulitas la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocia; porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca, y enmarañada. La pobre me habló, y en un instante me contó sus desgracias, y como habia estado en la carcel y acababa de salir del hospital; y estaba arrimada en casa de una vieja que habia sido amiga de su ma-

dre. Yo me compadeci de ella, la socorri con lo que pude y me despedí.

Le conté este pasage al coronel delante de doña Matilde y de su niña, y me dijo: no te admires. Tal es, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas, que no se saben apreciar, ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las alhaga y las lisonjea por unos dias; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que corren alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitucion, despues que marchitan su juventud con los placeres, bayles, fiestas y bureos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la carcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece, pero tiene nil compañeras dig-

nas de la misma compasión. Ya se ve que esta muchacha no se hubiera perdido si no hubiera sido por su madre. ¿Le preguntaste por ella? Sí le pregunté: me dijo que había muerto, y añadió muchos sentimientos de su conducta. Dios la haya perdonado me dijo: ¡ojalala no me hubiera concebido en sus entrañas! Ella me hizo existir en el mundo; pero también me hizo infeliz en él. ¿Que gana tenía yo de haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que solo Dios sabe? Muy bien estaba yo en casa de mi padrino tu padre: nada me faltaba á su lado, y sobre todo, estaba yo con honra y frecuentando los santos sacramentos, como hasta lo veías. Tal vez allí me hubiera yo casado, y lo que me faltaba, Dios se lo perdona, por la mala conducta que me enseñó el infame don Gerónimo, de allí se originó toda mi ruina, de la que no me repararé en la vida. Diciendo esto se

ternó lo bastante, le di alguna cosilla y me despedí como ya dije.

Rapito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida: con razon estas les hacen despues semejantes honras. Si las muchachas que se abandonan por su gusto, se hacen acreedoras al desprecio universal, de que execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas.

En esto estabamos quando entró el ranchero Pascual muy contento á avisar al coronel como para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Culás. Don Rodrigo recibió la noticia con agrado y le dijo que el sábado estuviere en Méjico con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando

muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la malicia ha estendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo comun no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la flatteria, cumplimientos y faramallas de las ciudades, pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas con las que pasan, en su estado, una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice san Agustin que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan groseramente, y que se instruyan tan poco en su religion.

Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian menos idiotas, mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en que está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormisimos, y los advertimos incurrir en unas boberías casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales que no parece sino que pasan por herencia de padres á hijos; porque los indios son mesquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En que estará esto, quisiera yo saber? porque no comprehendo por qué en cada clase de gentes sobre-

sale cierta clase de vicios, que parece que le son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la soberbia y el orgullo, si son ricos; (*) si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sin vergüenza, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la groseria, y la supersticion. En los indios lo que ya tengo dicho y asi, discurrendo por las demás clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa è interesante, dijo el coronel; yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace influyen poderosamente

(*) Todo esto se entiende con la respectiva restriccion, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrán con estos vicios y mas, y muchos pobres con otros, y alguno sin vicio notable &c. En todo cabe la excepcion.

te para formar el caracter de los hombres. Entiendo por caracter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion conserva los modales que le enseñaron sus mayores, ó que ha ido adquiriendo en el discurso de los tiempos. La primera educacion que recibimos tambien influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro caracter de aquellos que no la recibieron igual.

Concebida la verdad de estos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo porque son tan varios los caracteres de los hombres, no solo considerados de nacion á nacion, sino tambien de provincia á provincia dentro de un mismo reyno.

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios tengan un caracter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos, ricos é instruidos. La educacion y los principios de estos son di-

versos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y de otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educación el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres y no nos será difícil encontrarlo. Mientras la educación sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios más torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religión, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura, vageaba por los montes ó ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo de él más fuerte, que eran si no unos bárbaros, que tan pronto se engreían con el más criminal despotismo, como se encorbaban bajo la esclavitud más vil? De cualquier modo deshonraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisficieran sus caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció la religión, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos, y mira aquí al hombre convertido de asesino en filántropo, de ladrón en custodio de los intereses de sus semejantes, de holgazan en laborioso y últimamente, de salvaje temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Según la idea que se formaren de la religión y del gobierno, según la sociedad en que se crien, la educación que reciban y las costumbres que vean practicar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religión que dice que profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que

comete, y á mas de esto, se ha criado en medio de una familia soez, educado con los pesimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes. ¿qué podrá ser sino un inculto barbaján, y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mutua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles, sin saber quanto nos obligan las eternas, sin probar jamás los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor, y vergüenza: que puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido, y un pesimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás que á quien le toca poner el remedio sobre estas cosas y verlar acerca de la buena educacion de estas gentes, y yo no me detendré para decirte, que al gobierno. Los reyes en primer lugar, y en segundo los que tienen sus veces son los que tienen esta sagrada obligacion conforme el sagrado testamento ha constituido

do Dios. dice el Ecclesiástico, (*) superior de estos individuos? pues ten cuidado de ellos. *Rectorem te posuerunt?.. auram illorum babe.*

Nuestros soberanos, penetrados bien de este principio, han querido siempre desempeñar este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes, que en todos tiempos han espedido para que se establezcan escuelas en todos los pueblos, las academias que han erigido en este y en el otro continente, los colegios que han recibido bajo su patronato real, los premios que han querido se consagren al mérito &c. &c., son pruebas nada equívocas de que no han tratado de desterrar de entre sus vasallos la holgazanería y la ignorancia, y de consiguiendo la miseria y el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo axioma del falso político Machiavelo que decia ser conveniente á las

(*) Ecclesiast. 31. 1. y 2.

Metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran mas poderosas para sujetar á los hombres á la razon que no la mediocridad y la doctrina ó enseñanza.

Los excelentísimos señores virreyes han cumplido por su parte las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciéndolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido así, dirás: ¿en qué consiste que en el reyno haya tanto holgazán, ignorante, y vicioso como se vé? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha: no siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los virreyes; ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ageno auxilio. Todos los hombres somos muy miserables y limitados: siempre estamos dependientes unos de otros, y necesitamos

valernos de los demás para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolucion del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente: para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes: sus vice-regentes han comunicado las reales órdenes á los jueces y curas de los pueblos, como que estos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las benéficas intenciones del Soberano; y bien: ¿se cumplen en todas sus partes y como debia ser? Los resultados dicen que no, por mas que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan por que los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas conveniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien sé que no son los mas, y por esta verdad responde la estupidez de los indios de casi to-

das las provincias del reyno.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educacion de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos trapientos y haraganes que vagan todo el dia por las calles? ¿no te encuentras a cada paso con una tropa de vagamundos que andan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas sin mas aparente ocupacion que vender villetes? ¿no te ha escandalizado al ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? ¿Pues esto que prueba sino que tienen unos padres indolentes, y unos curas, que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses.

Despues que yo veo la abundancia de muchos perdularios que sobre cargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza ver unos hombres borrachos tira-

dos en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el ultimo suplicio sus delitos. Nada de esto me admira por que es consiguiente á la abandonada educacion que recibieron; y seria un delirio esperar frutos sasonados de semillas ruines.

Ya ves aqui descubierto el origen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves como no basta á impedirlo las mas sanas providencias de los reyes ni las eficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que estan destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresias. Se necesitan indispensablemente dos co-

sas, y faltando una de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es pues, preciso que haya escuelas, pero que estén encargadas á maestros idoneos no solo para enseñar el catecismo y las primeras lestras á los muchachos. sino tambien buenas costumbres. ¿Mas, qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no solo ignorantes, sino tambien viciosos? Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba enviando por aguardiente. Todo el dia borracho ¿que podria enseñar á sus discipulos? y ¿que aprovechados saldrian estos con un ejemplo semejante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de individuos, ni es difícil encontrar sujetos de probidad é instruccion que desempeñen el titulo de maestros á satisfaccion de los curas; pero dotandolos regularmente; mas querer hallar hombres instruidos; y á propósito,

que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios es imposible.

Dotense bien estas plazas y sobrará quien las ocupe dignamente. Si se me preguntára ¿que de que fondos debian salir estas dotaciones? yo dijera, que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educacion de los muchachos.

No es esto tan difícil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios las ventajas que resultarían á ellos y á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran, si les hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos que no que gastasen su dinero en fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la semana santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras inútiles, cuando no perniciosas á

ellos mismos, seguramente recibirían los paternos consejos de sus curas, por que el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea, franquearian sus arcas, y se hallaria con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar que los muchachos vayan á ellas, porque si no, ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Que dificultad hay para saber ¿cuantos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno. ¿que teología se necesita para averiguar en quien consistió la falta, si en el muchacho, ó en su

padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades, y ves aqui, segun me parece, realizado el plan de educacion general en dos palabras, que hasta hoy tenemos en un pie lamentable: *buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraido mucho en

esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compacion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurandole que lejos de fastidiarme su conversacion siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto, se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO VIII.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Cúlús y Marantoña.

AL dia siguiente pasé mi catre mi baúl y mi certo ajuar á la casa del coronel, y el

inmediato sabado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó: que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que don Dionisio y Pomposita irían á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oímos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida doña Eufrosina y sus amigas, don Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea con migo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oímos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón.

Cada uno fué montado en el que le tocaba; pero igual fué mi admiracion y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicos de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos.?

Inmediatamente que llegaron á donde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido que traia sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que más se llevaban la atencion.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacian en elogios á Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable. Unos decian que parecia una Palas; otros una Amazona; estos, la Emperatriz de

las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la puerta Otomana, y todos á porfia la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó menos adecuadas; pero segun podian.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oidos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¿que te parece, niña? cierto que has caido en gracia á estos señores. ¡Que bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo, la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson (*) me instruya en el arte de la equitacion por si algun dia me viere en necesidad de hacer maromas en

[*] Felipe Lailson conocido en la europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de la equitacion.

el circo; aunque tú estás muy adelantada y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burla de su prima; pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia que no pudieron oír nada de esto; mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien le dijo: señorita, tiene V. mucha razón para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Nada hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla, si V. anduviera así, merecería nuestros elogios igualmente. — ¡Ay! yo no pensarlo. Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre. Mi papá y mi mamá dicen muy bien que eso es una indecencia en una muger, y es querer

hacerse muy singulares el entrar por semejantes monerías.

Sus padres de V. dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en Mejico hemos visto seguir esta costumbre á algunas extranjeras y españolas; pero prescindiendo de los ejemplos, la razón y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de este uso (*). El nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que no falta á estos sillones. (*) Yo aseguro que con el mo-

[*] El señor Labin tal vez no ignoraría que Dios en el cap. 22 del Deuteronomio prohibió espresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabía que un caso de necesidad indulta de esta observancia y el caminar puede ser este caso, por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion; dejando á los teólogos la resolucion decisiva en la materia.

[*] Las propensas á hemorragias ó flu-

vimiento del caballo ya no lleva V. la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua, ¿qué sería en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente, usándose con las precauciones que esta niña. Ya V. habrá visto que apenas se apea cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo ya está con túnico y enteramente en traje de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla, por consiguiente, de un peligro, y de precaver aun en el caso de que caiga, que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en jos de sangre y las gravidas puedea recen-
tir el montar á caballo de cualquier modo que sea.

el uso de los sillones; y si no los pueden señalar, sujetemonos á la razon, y cuando mas, que no admitan la moda; pero tampoco se burle nadie de quien la sigue, pues en esto acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupacion, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mausedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora doña Pomposita mal de su grado; pero en tan indecente postura que, cuando menos, nadie dudó de que color eran sus ligas. Los mezos corrieron á atajar el caballo, y nosotros fuimos á toda prisa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió mas daño que una ligera contusion. Su vanidad si quedó bien abatida, y mas cuando el señor Labin le dijo: señora, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cavalgar como su prima, pues así irá siempre mas segura en los caballos.

Dejamosla en el coche, y continuamos nuestro pasco. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros y fuimos andando y conversando todo alegrementemente, menos Pascual, que iba en su mula cabisbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordandose de la fervorosa exclamacion que acababa de hacer en Méjico á santa Bárbara, no pudo menos sino pre-

guntarle con el mayor empeño la causa de su afliccion: ¿que tienes, Pascual, le decia: estas enfermo? = No, señor. — Te has arrepentido de que se case Cujás? = ¡Ojalá fuera ese mi cuidado. = ¿Te falta dinero para alguna cosa precisa? = Aunque me falte y aunque lo tenga de nada me sirve agora. — ¡Pues que tienes, hombre, ensanchate, a ver si podemos consolarte. = Apurarme mas podrán sus mercedes por ora; pero eso de consolarme, ¿cuando? = ¿Con que nosotros podemos afligirte? ¿de que modo? Vamos, espícate, no nos tengas en duda de ese enigma. =

Pues, señor amo, si no se ha de enojar su merce, voy á confesarle la purisima verdad; aunque me cueste arto trabajo decirlo pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazon, y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas...

Vamos hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿que es lo que tienes? ¿que te aflige?

Que me ha de apurar, señor! ya sabe su mercedé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Culas viera de buen ojo a Marautoña, esa que va a ser su muger agora mismo, y luego que me lo dijo, le dije yo: hijo yo estoy opuesto á quanto tu quieres porque la muchacha es buena, y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina; y yo luego luego di traza para pedírsela a su padre el tío Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo quieren dinero en esta triste vida y por el dinero bayla el perro, como su mercedé sabe....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pero sigue tu cuento sin rodear tanto, pues segun vas pienso que no lo acabas

en ocho dias...

El eclesiástico y los demas señores suplicaron a don Rodrigo que dejase hablar á su criado quanto quisiese y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibían menos al escucharlo. El coronel dijo a Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzo, prosiguió su cuento de esta manera: pos, señor, como era menester dinero, ¿que hago? cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos bacas paridas, que por todo me dieron treinta pesos; á juera de esto, empené las tierras de Casas en veinte pesos que hacen treinta.... cuarenta.... cincuenta pesos, y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercedé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta.... sesenta.... setenta.... setenta y una, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco pesos cabaitos sin medio mas ni medio menos,

y de este dinero gasté diez y seis pesos
 que le di al señor cura por el casamien-
 to, seis varas de indianilla para la novia
 que costaron á once reales y medio cada
 vara que son... seis pesos por un lado,
 y seis pesetas.... ¡válgame Dios! seis pe-
 setas, y luego seis reales y seis me-
 dios.... En fin' señor amo, agora no puedo
 ajustar la cuenta; pero allán casa con mis
 frijoles y mis habas se la ajustare en un
 brinco, porque los frijoles son reales y
 las habas pesos; y ansina se cuentan ocho
 frijoles y se aparta una haba, se cuentan
 otros ocho y se aparta otra haba, y en
 una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo menos Pudenciana que reir-
 se grandemente del modo de contestar de
 Pascual, y se acordaba con agradecimiento
 de las reflexiones que su papá le habia
 hecho cuando la enseñó a valerse de los
 números.

Pascual que no entendia lo que habla-
 ban y que ya rabiaba por contar el motivo

de su afliccion, dijo: perdone su merced
 que la encuarto; pero yo he gastado todo
 ese dineral, pensando quedar bien debajo
 de ser un probe; pero como no hay gusto
 cumplido en esta triste vida, de un ora
 otra se me cayó el gozo en el pozo; por-
 que la verda, yo pensé que vinieran solo
 sus mercedes y la señora doña Frasina, y
 su niña, y me voy jallando esta mañana
 con todo el patio lleno de gente, y estoy
 que se me qué la cara de vergüenza al
 ver que agora vamos entrando en Tacuba
 ya con coche y tantos caballos y señores
 y señoras tan decentes, que parece que
 van al casamiento de la virreyna, y todo
 el pueblo se alborotará, y yo quijiera
 quedar bien, y en esto que no alcanza
 la comida, pues cuando mas y mucho habrá
 para veinte almas, y solo aqui vamos mas de
 los veinte, ajuera de los parientes y cono-
 cidos que estan allan casa, que no se
 como nos vendrá la gurupera. Vea su
 merced si mi apuracion es moco de pa-

bo, y si tengo razon, no digo para ir triste, sino para llorar lagrimas de sangre, porque sera brabo dolor que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles que comer a estos señores, que para su merced no faltara.

Rieron todos a carcajada suelta luego que Pascual acabo su relacion, por que al concluilra, miro a todos suspiro y puso una cara de jugador quando se le arranca el ultimo peso, y no tiene a quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fue tal que la oyó Estrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo conto el Señor Labia en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alternaron en la risa con los hombres.

Pascual no deyo de discarse y no quisiera verlos tan alegres a su costa. El coronel advirtio la incomodidad de

Pascual, y para sosogar un poco la risa general, llamo la atencion de todos, diciendo: señores: la candidez del pobre Pascual me trae a la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido a caza, le anochecio, y perdido sin encontrar el camino real; no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo o rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con quanto habia para dar de senar al rey y su corte y cenar ellos. Paso la noche y el dia siguiente, al despedirse el rey del pobre viejo dueño del rancho, le dijo que le pidiese alguna merced: el entonces con las lagrimas en los ojos le dijo: señor: el mayor favor que le pido a V. Magestad es que en la vida me vuelva a hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegurando otra visita, me echará V. Magestad a pedir

limesna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarcíendole sus pérdidas generosamente. Tu, Pascual, consuelate tambien, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino de que sobra; porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual, y así continuó en silencio y con su cara de herrero hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco antes de las nueve de la mañana serian, cuando entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros; mas se engañaron, pues fue el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual queria que los cocheros se

dirigiesen á su casa; pero el coronel mandó que fuesen á las casas curales. El párroco, que había sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, lo recibió con la familiaridad mas cariñosa, con mucha atención á los demas señores.

Don Rodrigo, advirtiéndole que ya se acercaba el tiempo de la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperandonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culas estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien sartidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul, sus zapatos abotinados de cordovan, de los que llaman de boca de cantaró: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrero redondo pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con

una famosa manga de paño azul con dragóna carmesí y galonés y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase. por que tenía un traje de india fina de fondo laore; su mascarada de las que llamaban de arco iris, sus aretes de piedra inga muy relumbrantes, unos tres ó cuatro hilos de perlas finas; aunque menudas, sustintillos de iguales piedras que los aretes, una porcion de listones en la cabeza que sujetaba una peyneta de careí, y remataba su compostura con unas medias de seda negra de primera y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Calas era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veinte y seis años de edad, y Morantona, como le decia Paz cual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, pero si blanca, güera, colorada, y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dien-

tes, hacian una figura agradable. En obsequio de lo que pasaron las humildes salutations de todos aquellos pobres, sacó doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico; todo muy bueno, como que era de gala y queria que lo luciera la hijada de su hermana; pero esta, luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniendose mas colorada de lo que era, dijo: ¡ay! no, señora: yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero para mi que soy una probe paya! En mi vida me he puesto eso, qué dirán mis amigas si me lo ven puesto; ya parece que las bigo. Dirán: mire la ranchera motivosa, ayer andaba arreando bacas con sus naguas de gerguetilla, y agora sale izone con túnico negro como una marquezita ó una conda. Asi dirán y otras cosas mas peores. Conque no, señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha com-

prado mi señor padre, y que se quedeu esos vestidos para los ricos ó para los probes que quieran ser ridiculos.... Pero esto como se tré? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y ella abriendo con las dos manos se soplabá con mucha gracia y decía: *pos mire: este sí que es un bonito aventador.* ¡Ay! ¡cuanto muñequito tiene! ¡cuantas florecitas! y que varitas tan doradas! Este sí lo llevaré para soplar-me en la iglesia ansina que me apure la calor.

Todas se reían por la sencillez de María Antonia, quien hubiera llevado el abanico, como decía, si se lo hubieran dejado; pero doña Matilde le dijo: *hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á mas de esto, era menester que lo supieras manejar con garvo y con una mano, por que si no, te harían burla cuantos te vieran.* — ¡O! pos en siendo ansina, mas que nunca lo lléve: que se quede ahí, que



Este sí que es un bonito aventador.



bien que si me apurare la calor, me so-
plaré con la punta de mi rebozo, que está
si la se menear bien con una mano y sin
miedo de que se quebre, como puede su-
ceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras
para que nos fuéramos á la iglesia porque
ya se habia dado el tercer repique para
la misa, y así, poniéndose Marantóna su re-
bozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á do-
ña Matilde: ¿has de creer que me gusta
la novia? — ¡Ola! ¿te gusta? pues casate con
ella. — No es eso lo que te digo: me agrada
en ella su caracter sencillo y su jui-
cioso modo de pensar. ¿No oíste que oportu-
na lección de conformidad dió á mas de
cuatro que la escuchaban, quando reusó
ponerse el túnico negro? Esta es mucha
humildad y moderación en una payita jo-
ven, de quien se debia esperar que estu-
biera deseosa de parecer bien y de com-
ponerse, aunque fuera de prestado, como

Jonacen, tantas, aunque no esten de fe-
da; pero Maria Antonia ha conocido la va-
nidad de este deseo, y no quiere esponer-
se á que sus iguales, envidiosas de su abden-
cencia, se la murmuren llamandola rota, y
motivosa, como ella misma dice. ¶

Como la iglesia estaba inmediata á la casa
de donde salimos, no tubo tiempo el coronel
para hablar mas sobre esto, y mucho me-
nos, porque luego que de la torre nos vieron
ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos
apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y lue-
go quando entraron los novios y padrinos,
procedió á las sagradas ceremonias del
matrimonio, y cantó la misa despues de
ellas. Concluida, salió de la sacristia, y
nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas ve-
ces alegre y otras triste, acordandose de
que no alcanzaba su comida para tantos,
y mas triste se ponía al acercarse de la
hora de almorzar.

Pero tual fué su sorpresa y su
alegría quando oyó decir al cura: señores,
vamos á la huerta á tomar alguna co-
sita, porque ustedes ya lo han de me-
nester como que madrugaron y han ca-
minado aunque poco! Diciendo esto, se
levantó el cura de su asiento; hicimos
todos lo mismo y nos dirigimos á la
huerta.

Al entrar en ella se acabaron de
trastornar Pascual, los novios, sus pa-
rientes, y poco faltó para que á noso-
tros sucediera lo mismo, al ver la mag-
nífica sencillez con que estaba todo pre-
venido.

La naturaleza por una parte, y por
otra la curiosidad del cura habian for-
mado en aquel frondoso sitio una huerta
útil y un pensil ameno y delicioso.
Las varias frutas que matizaban el ale-
gre verde de los arboles, colocados en
bien dispuestas calles: las diferentes flo-
res, que adornaban una multitud de

arrecates y tiestos curiosos: los agradables aromas que las yerbas y rosas escababan: el gorgéo de mil hermosos pajarillos, que trinaban alegres saltando de rama en rama: el suave mormullo de las cristalinas aguas, que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, alagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuente, y á su lado se formaba una hermosa galería en la que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, sunchiles, claveles y rosas se entretegian con el mejor orden de un árbol á otro, fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso porque sobre las copas de los árboles estaban formando un má-

gestuoso pabellon de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no molestase á los que debian permanecer allí por largo rato.

La repentina visita de este ameno y florido vergel me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semiramis ó en los prados y bosques de la Arcadia. No solo yo fui de este parecer, á todos sorprendió tan alagueña prespectiva, y á porfia alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa habia dispuesto un salon tan cómodo y alegre.

Luego que estuvimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas desentes en la primera mesa, y en ella tambien los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aun no deponia el temor que lo acosaba de que su prevención era escasa.

Por todas partes volvía la cara y como no veía disposición alguna de comida, se ponía muy fruncido, pensando, según después nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenían prevenida no muy lejos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordón, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas ricamente vestidas según su traje, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veíamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cojera más de nuevo.

Lo opiparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuía para aumentar en todos la alegría manifiesta. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cosechas, los carneros, los toros y las vacas dieron el asunto para toda la conversación, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia; y como que se les hablaba sobre materias que entendían, estaban contentos, menos vergonzosos y muchas veces satisfechos, porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instrucción y con experiencia. Que cierto es que cada uno es voto de su profesión!

El señor Labín y el otro eclesiástico

tico escitaban aun mas nuestra alegría con sus chistes salados y corteses. A todo hacian reir de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigian sus elanzas zasonadas dejandola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasion de asistir aquellos señores á la mesa, la primera: que así como en cualquier concurrencia decente se hace depreciable el faceto, que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen; así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesion de hasme reir ó de bufon, sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprehendi, y lo segundo fué: que la chanza para que agrade es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inosente, oportuna y discreta*; de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, ó degenera en sátira picante, ó en una insulcés fria y

sin gracia. Por lo cual no es tan facil desempeñar con ayre el papel de chancero en una funcion pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dotado del talento y gracia particular, que se requiere para no pasar la plaza de ridículo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfaccion se concluyó el almuerzo, despues nos levantamos todos y nos fuimos á pasear por la huerta.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO.

	Pagina.
Capitulo I. En el que se refiere la disputa que trabó el Coronel con el Licenciado Narizes, y la defensa que hizo de las mugeres.	1.
Cap. II. Repite el Cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres y el modo con que puede ser licito en ellas el adorno.	34.
Cap. III. En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras á cerca de sus maridos y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.	67.
Cap. IV. Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.	108.
Cap. V. En el que el Coronel discurre sobre lo útil que sería que las mugeres aprendiesen algún arte ú oficio mecánico con que sub-	

sistiesen en caso de necesidad.	150.
Cap. VI. En el que se dá razon del motivo de la visita de pascual; el Coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.	177.
Cap. VII. En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado y la satisfaccion que este le dió.	204.
Cap. VIII. En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pompósita, y el casamiento de Culás y Marañón.	230.

En la misma Imprenta, calle de las Escalerillas número 11, se encuentran de venta las Obras siguientes del mismo autor.

EL PERIQUILLO SARNIENTO; nueva edicion en cinco tomos en octavo, de buen caracter de letra, con cincuenta y cinco estampas.

Esta obrita ha merecido tanto aprecio entre los mejicanos, que ha excedido al deseo de los editores; Es inconcusa la utilidad que debe resultar de su lectura á nuestra juventud; atendiendo al hable atrevimiento con que en el año de 1816, comenzó su autor á

FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro
antes del vencimiento de préstamo, señalado
por el último sello.



reales en pasta.

atacar los abusos perniciosos que entonces robustecian la base de un gobierno absoluto, que lo puso en el estrecho caso de suspender la impresion del cuarto tomo, donde la sátira se encumbra hasta proscribir el degradante comercio que hacian de la especie humana, las clases privilegiadas de aquel gobierno.

Dicha obra se encontrará á 10 pesos en pasta, y á ocho pesos á la rústica.

Las FABULAS del mismo autor; es tal el consumo que ha tenido esta obrita entre los niños, que se ha echo necesaria en algunas escuelas de Méjico, pues con motivo al estímulo de las estampas, y estar escritas al estilo del pai, los niños aprenden á leer con facilidad.

El total consumo de los ejemplares que se imprimieron; ha hecho, que los editores hayan reimpresso mas cantidad en el mismo volumen de octavo, con cuarenta y una estampas, y por haber ya desde un principio erogado los crecidos gastos de las láminas y demas, se han propuesto darlas con mas comodidad, lo que facilitará á el público, y á los niños, no carecer de la utilidad de su lectura. Se espenden en esta imprenta, y en la alacena de libros que está en la esquina de los portales de Mercaderes y Agustinos, á un peso á la rustica y á doce reales en pasta.

